

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA



LA AMADA DEL SEÑOR

Una verdad fundamental de la teología mariana progresivamente puesta de manifiesto en los últimos siglos, es la pertenencia de María, la Madre de Jesús, Hijo de Dios, en el "orden hipostático".

Iniciamos la publicación de un nuevo trabajo del P. Antonio Pacios, en el que, refiriéndose a doctrinas ya expuestas por él mismo en sus obras *La Virgen María y el Corazón de Jesús* y *El Amor*, estudia las relaciones de la amada del Señor, como hija, con Dios Padre; como Madre, con Dios Hijo y como Esposa con Dios Espíritu Santo.

"Gloria a María, Hija del Padre; gloria a María, Madre del Hijo; gloria a María, Esposa del Espíritu Santo" (Trisagio popular a la Virgen María).

"Todo don perfecto viene de arriba, descendiendo del Padre de las luces" (Jacob. 1, 17). Todo don perfecto se encuentra en María, como regalo gratuito de Dios. Ella misma es el don perfecto del Padre a la creación. Ella es tesoro casi infinito de gracias, abismo inagotable de perfecciones. Pero lo es porque así Dios la quiso, porque así lo exige la destinación gratuita que Dios le prefijó en el desbordamiento eterno de su amor.

Es ese desbordamiento del amor divino, causa de todos los dones y bienes de María, lo que en este primer libro quisiéramos explicar, dejando para el siguiente la exposición de la correspondencia activa de María a esos dones, la humildad y rendición plena con que los recibió, el amor perfecto con que correspondió.

La contemplación de ese amor divino gratuito a María nos dirá lo que María tenía que ser, como la quería Dios, lo que Dios hizo en Ella. La contemplación de la correspondencia de María a los designios de Dios sobre Ella, y a los dones con que la adornó, nos dirá lo que María fue en realidad, lo que a Dios dejó hacer en Ella. Lo primero nos descubre el amor divino que nos hizo hijos de tal Madre; lo segundo nos enseña cómo corresponder nosotros a esa inundación de amor.

Pero bueno es advertir ya desde ahora que lo que María tenía que ser según el plan divino, eso mismo

es en realidad por su correspondencia, ya que es la única creatura humana que jamás resistió a Dios. En Ella coincide plenamente lo que tenía que ser y lo que fue; lo que Dios quería hacer en Ella, y lo que Ella a Dios le dejó hacer: Ella es la toda santa, exenta de todo pecado mortal o venial, de toda imperfección positiva, y "comparada a la luz, ha sido hallada por el mismo Dios incomparablemente más pura" (Sab. 7, 29), porque su blancura no es la de la luz creada, sino "la blancura de la luz eterna, y espejo sin mancha que la refleja" (Sab. 7, 26).

Por eso este libro y el siguiente son dos aspectos de una misma realidad: considerada primero de parte de Dios, considerada luego de parte de María. Por eso primero probaremos la realidad de esos dones como absolutamente queridos por Dios, y por Dios a María concedidos; y después intentaremos la explicación psicológica de su realización en María, de la correspondencia de Ésta al Amor divino.

Si el plan divino se cumplió a perfección en María, y María perfectamente correspondió a él, indiquemos primeramente este plan divino, y luego algunos detalles que la revelación nos da de su cumplimiento.

En el libro *La Virgen María y el Corazón de Jesús* tratamos accidentalmente de algunos aspectos particulares del plan divino sobre la Virgen María. Prescindiendo de esos aspectos ya tratados, aquí sólo hablaremos del plan eterno divino de conjunto sobre la Virgen María. Ese plan consiste en la inserción totalmente peculiar de María en la Trinidad misma y en

la vida trinitaria, plan que acertadamente resume el trisagio mariano con que la honra el pueblo cuando canta: "Gloria a María, hija del Padre; gloria a María, Madre del Hijo; gloria a María, Esposa del Espíritu Santo".

Y decimos inserción totalmente peculiar, porque la inserción trinitaria forma parte del plan divino eterno que mira a todos los salvados, por su incorporación a Cristo como miembros, y aun, en medida diferente, de su plan sobre toda creatura, ya que decidió "incorporarlas a todas a Cristo como a su Cabeza" (Efes. 1, 10).

Por eso, para entender bien la voluntad de Dios en orden a María, hemos de remontarnos al plan divino eterno de que hablamos en EL AMOR.

Dios quiere de modo absoluto la glorificación de su Hijo Unigénito. Glorificación que de toda eternidad determinó hasta en sus más mínimos detalles. Ese Hijo hecho hombre será la gloria del Padre. Y el Padre hará que todas las creaturas sean la gloria de su Hijo, como su casa, como su reino (Hebr. 3, 3.6); como sus miembros, realmente partícipes de su misma vida divina, si se trata de creaturas libres: la creación será la manifestación de la gloria del Hijo, como el Hijo es manifestación de la gloria del Padre. Y el número y la calidad de creaturas libres que a Cristo hayan de incorporarse como miembros para complemento de su gloria está de modo absoluto prefijado de toda eternidad, involucrado en el mismo decreto de predestinación de Cristo Hombre, con que Dios quiere su gloria absoluta y total. En manos de cada ser libre está el pertenecer o no a ese número de incorporados; pero no está en su mano el aumentarlo ni el disminuirlo: Dios logrará lo que ha querido, y como lo ha querido, pese a todas las resistencias y oposiciones de las libertades creadas. Esas resistencias pueden hacer fracasar el destino individual de cada ser libre en particular; pero no pueden impedir ni disminuir en lo más mínimo la asecuración del destino del Cristo total, en sí y en sus miembros.

Dios destina a cada uno a una vinculación especial y propia al Cuerpo de Cristo, como miembro distinto. Según sea esa vinculación a que se le destina, así son los dones que se le predestinan. Nada se da a la creatura *por ella misma*, sino por Cristo, en orden a Cristo, según lo exige o postula la gloria de Cristo a quien se ordena, a quien se incorpora.

Por eso, lo que nos daría conocimiento de los dones que Dios a cada ser ha destinado sería saber la vinculación a que con Cristo los ha ordenado. Sabemos que a todos los seres libres los ordenó a ser miembros de Cristo, partícipes de su misma vida, in-

sertándolos así en la Trinidad en la Persona del Hijo. Y así sabemos que los ama en Cristo mismo y con Cristo, y que las riquezas que ese mismo amor vierte en cada uno son de verdad insondables. De esas riquezas, de esa inundación de amor divino en cada hijo de Dios, en cada miembro de Cristo, hablamos en EL AMOR.

Pero ignoramos qué clase de vinculación con Cristo, qué orden o categoría especial de miembro está destinado a cada uno: Dios no lo reveló. Por eso nos es imposible describir ni saber los dones especiales, característicos, que Dios a cada uno tiene reservados, el nombre secreto con que Dios los conoce; sólo sabemos aquellos en que todos coinciden.

Pero hay una creatura cuya vinculación especialísima a Cristo nos ha sido, al menos en parte, revelada, y con ella, algunos de los dones que a esa vinculación acompañan, mientras otros han sido dejados a nuestra inventiva, como su connatural derivación.

Esa creatura es la Virgen María, destinada a ser Madre de Cristo, Madre de Dios, y, consiguientemente, también Madre nuestra, Madre de cuantos se han de incorporar a Cristo como miembros vivos, como manifestación y complemento eterno de su gloria.

Tal destinación es completamente gratuita, como lo es la de la misma humanidad de Cristo y la de cuantos a ella se incorporan como miembros, como lo es la misma creación. El fundamento último de todas las grandezas de María no es así su doble maternidad divina —madre de Cristo, Hijo de Dios, y madre de todos los hijos de Dios por su incorporación a Cristo—, sino el amor gratuito, incomprensible de Dios, el acto libre divino que funda su doble maternidad, que la elige por Madre. Este acto, por ser libre, no tiene explicación fuera de sí mismo: es Madre de Dios y Madre nuestra porque Dios lo quiso; pero Dios lo quiso porque así le plugo, porque le dio la realísima y divina gana de que lo fuera. Por eso todo en María es efecto y consecuencia de la complacencia eterna de Dios en Ella, del amor con que, sin merecerlo, ha sido amada. Es esa inundación de amor gratuito lo que funda la inimaginable humildad de la Virgen, la que constituye su gozo y la hace feliz, porque "siendo pequeñita agradó al Altísimo, y de sus entrañas engendró a Dios y Hombre".

Y es ese contemplarla como la eternamente Amada, la inconcebiblemente Amada de Dios, lo que nos hace desvelar un tanto el misterio del infinito amor de Dios —de Dios que "es amor"—, al verlo realizado en Ella, actuante en Ella, fructificando en Ella, manifestándose en Ella. Y al dárnosla Dios por Madre, manifestando así que extiende a nosotros el mismo

amor que a Ella le tiende, la contemplación de la obra de amor de Dios en Ella nos irve par hacernos sospechar y cómo rastrear con su ejemplo las peculiaridades maravillosas y los dones magníficos de que Dios dotará a cada bienaventurado, en virtud del destino especial de cada uno, que ahora está oculto, pero que nos maravillará al sernos revelado en la luz de la gloria; maravilla causada por la perfección del Cristo total, maravilla que culminará en la perfección detallada de todos los miembros que lo integran.

Pero hay varias diferencias entre la predestinación de María, y la de cada uno de sus hijos incorporados a Cristo. Y esas diferencias convierten a la Virgen María en caso único, en paradigma maravilloso, en espejo sin mancha en el que podemos contemplar toda la magnificencia infinita del infinito amor de Dios.

Baste aquí mencionar dos de esas diferencias: una que mira a la plenitud; otra que mira a la contingencia y condicionalidad de esa predestinación.

Por lo que mira a la plenitud, todos los predestinados participan verdadera y realmente de la vida divina del Verbo encarnado, viven por Él del mismo modo que Él vive por el Padre, y así mediante Él se insertan en la Trinidad en la Persona del Hijo, como verdaderos hijos de Dios. Pero la riqueza de la Vida del Verbo es infinita, y así admite infinitos modos de participación diversos, sin que por ello jamás pueda agotarse. Cada predestinado participa la riqueza divina en uno de esos modos —por eso se incorporan a Cristo como miembros distintos, con modo de actuar divino distinto—: cada uno es pleno en su modo, sin límite en el crecimiento dentro de ese modo; pero limitado en su mismo modo, como es limitada la operación vital de cada miembro con relación al conjunto de todo el cuerpo, aunque sea ilimitado en su propio orden de operación vital.

Pero en María no pasa así: Ella participa plenamente en todos los modos de la vida divina del Verbo encarnado. Así se deduce de que es Madre de Cristo; y también de que es Madre nuestra. Toda donación del Verbo a la creación se hace al darse a la humanidad de Cristo, y es por esa humanidad que se comunica a los demás. Mas esa comunicación plena, de la que son participación modal todas las otras, y como manifestación externa de su infinita riqueza, se hace también a la Virgen María: es Ella la que comunica como Madre a la naturaleza humana de Cristo la naturaleza divina del Verbo en unidad de persona; y para comunicarla debe Ella recibirla antes como don. Esto no implica que María sea la autora de la naturaleza divina, ni siquiera la autora principal de la unión de ambas naturalezas: la naturaleza

del Verbo es del todo independiente de María; y respecto a la unión de las dos naturalezas, Ella es sólo causa instrumental y secundaria: la principal, quien verdaderamente la obra, aunque en Ella y por Ella, es el Espíritu Santo que “descenderá sobre ti, y por eso el de ti nacido será llamado Hijo del Altísimo” (Lc. 1, 35). Mas al igual que en la generación natural los padres disponen la materia, y Dios sólo crea el alma y la infunde al cuerpo, pero jamás dotaría de esa alma espiritual al hijo, ni la infundiría en el cuerpo obrando la unión de cuerpo y alma, si antes no hubiera dotado de alma racional a los padres que disponen la materia —por eso el hijo sale semejante a los padres, aunque el alma la ponga Dios—, así en la unión personal de las dos naturalezas en el Verbo encarnado: Dios no la haría de no haber antes comunicado misteriosamente la riqueza de la naturaleza divina del Verbo a la Madre, para que el hijo salga también a imagen y semejanza de ella, pues el Hijo es la Persona, no la naturaleza. Así se explica la osada declaración de San Jerónimo: “Toda la gracia —y la gracia es comunicación de Dios— de Cristo está en María, aunque de modo diferente”: en Cristo, en unidad de persona; en María, como donación a pura creatura, con los límites y modificación que la persona creada de María necesariamente implique.

Esa misma plenitud de donación aparece de la maternidad universal de María: si es Madre de la Iglesia, y por tanto madre de todos los incorporados a Cristo, de todos los salvados, ángeles y hombres, tiene que comunicarles como madre la participación modal diferente que de la vida del Verbo encarnado tienen todos ellos. Por consiguiente a Ella se le han comunicado a perfección todos los modos de participación en sus hijos especificados: y así el que conociere la plenitud de comunicación divina hecha por Dios a Ella conoce también todos los modos particulares con que Dios se comunica a cada predestinado. En ella se condensa así toda la perfección de comunicación divina hecha por Dios al orden de lo creado; y este orden creado no hace sino manifestar lo incomprensible de la riqueza de María y de su Hijo Jesús, a quien está en todo estrechamente asociada, participe en todo de su misma suerte, de su misma herencia, de su mismo destino de predestinación eterna.

Por lo que respecta a la contingencia, la predestinación de María es contingente —obra libre del amor divino—, como es contingente la misma encarnación del Verbo, y por lo tanto la misma existencia de Jesucristo como a la vez Dios y Hombre verdadero en

unidad de Persona. Pero supuesto el decreto libre eterno de que el Verbo se encarnase, María participa de la misma necesidad de esa encarnación, pues *con un mismo decreto* Dios predestinó a María y a Jesucristo; o, en otras palabras, Dios no quiso la encarnación del Verbo sin María como Madre suya, como no quiso a María sino en cuanto relacionada a la encarnación de su Hijo. Y si la creación se ordena toda ella a la gloria del Verbo encarnado, Dios no quiso la existencia de creatura alguna sin la existencia y predestinación del Verbo encarnado y de su Madre: todo debe el ser, y la predestinación, a la Virgen María, unida a su Hijo Unigénito indisolublemente por el decreto eterno de Dios. Dios quiso así asegurar a su Hijo encarnado la gloria de su Madre: Ella sería la gloria y manifestación de su Hijo, el receptáculo del don de Dios a la creación.

Pero la predestinación de todos los demás es diferente. Por una parte, es condicional: Dios quiere que todos los seres libres se incorporen a su Hijo; lo quiere, pero no lo impone; de la correspondencia libre amorosa de cada cual dependerá el incorporarse o no; y la encarnación del Verbo se hará igualmente tanto si yo acepto mi incorporación a Él como si la rechazo. En una palabra, Dios quiere la manifestación en mí de la gloria de su Hijo, pero *no necesita de mí* para esa glorificación, que obtendrá conmigo o sin mí. En cambio, parece como si necesitara de la fidelidad de la Virgen María: Ella es la gloria de su Hijo: por eso, si Ella acepta se encarnará; no se hubiera encarnado de no haber Ella aceptado, puesto que a Ella y a su Hijo los predestinó con un único y mismo decreto eterno. Ella es así en verdad la Amada, sin la cual jamás Dios hubiera manifestado su amor, y por la cual lo manifiesta y comunica a cuantos quieran ser de él objeto.

Por otra parte, es contingente, aun supuesto el decreto de encarnación del Verbo. Dios busca primariamente la gloria individual de la Persona de su Hijo hecho hombre: a esa gloria es necesaria la predestinación de la Virgen María, pues sin Ella no se hubiera encarnado el Verbo. La glorificación del resto de los salvados es una consecuencia, como complemento y manifestación, de la gloria individual de Cristo, ampliación de ella —y de la de su Madre, a Él indisolublemente unida—, que muestra su infinita e inagotable riqueza. Aun supuesto ya el libre decreto de encarnación del Verbo, Dios pudo querer manifestar más o menos, y de modo distinto al que decidió, la gloria de su Hijo, dotarle de más o menos miembros, según una u otra concepción de su Cuerpo Místico, posible en la mente divina; y así pudie-

ron ser más o menos los salvados, y con grados de gloria distintos a los que ahora alcanzarán. Y así, la predestinación de los seres libres es algo contingente por doble título: no sólo porque depende de la Encarnación de Cristo, en quien y por quien son predestinados, y que es algo contingente, dependiente de la libre voluntad divina, sino también —y en esto difieren de la Virgen María—, porque, aun supuesta como querida por Dios esa encarnación y glorificación de su Hijo, sigue dependiendo de la libre decisión divina el grado, modo y extensión de la manifestación externa de esa gloria individual de su Hijo al ser participada por las creaturas. Esa gloria individual es infinita, e infinitamente comunicable sin que pueda agotarse; mas la comunicación a las creaturas necesariamente es finita, y por tanto admite infinitos modos distintos de hacerla, de los cuales Dios, según su beneplácito, escogió el actual, en el que también yo estoy llamado a la salvación. También aquí, María aparece como la Amada, como la manifestación necesaria del Amor Divino Infinito para gloria del Verbo Encarnado, supuesta la encarnación de ese Verbo, que no se hubiera dado sin Ella; y de Ella y por Ella deriva a todas las demás creaturas el amor del Verbo ya encarnado, como manifestación de la gloria de su Madre, que es la verdadera gloria del Verbo encarnado, la incondicionalmente y absolutamente buscada por Dios para su Hijo cuando decidió se hiciera hombre y habitara entre los hombres.

Estas diferencias, y otras que aquí no podemos aducir, hacen de la inserción de María en la Trinidad Beatísima un caso único y del todo peculiar, que resume en sí toda la comunicación divina posible al orden creado; comunicación en la que participan las tres divinas Personas, haciéndola el Padre su Hija, a la que todo lo entrega como herencia; el Hijo su Madre, de quien todo quiere recibirlo; el Espíritu Santo su Esposa, en la que y con la que quiere obrar toda su obra de vida y de santificación.

Hija del Padre por su asociación al Verbo. Asociada a Éste por un mismo decreto de predestinación eterna, está recibiendo actualmente del Padre según la medida posible en una creatura. Igual que el Padre se da totalmente al Hijo, igual se está dando totalmente a María, sin otra limitación que la potencia obediencial propia de creatura. Y en esa recepción del Padre, precisamente por estar limitada por la misma naturaleza de creatura, su capacidad se dilata más y más de continuo, asociándose al Hijo en la herencia sustancial del Padre.

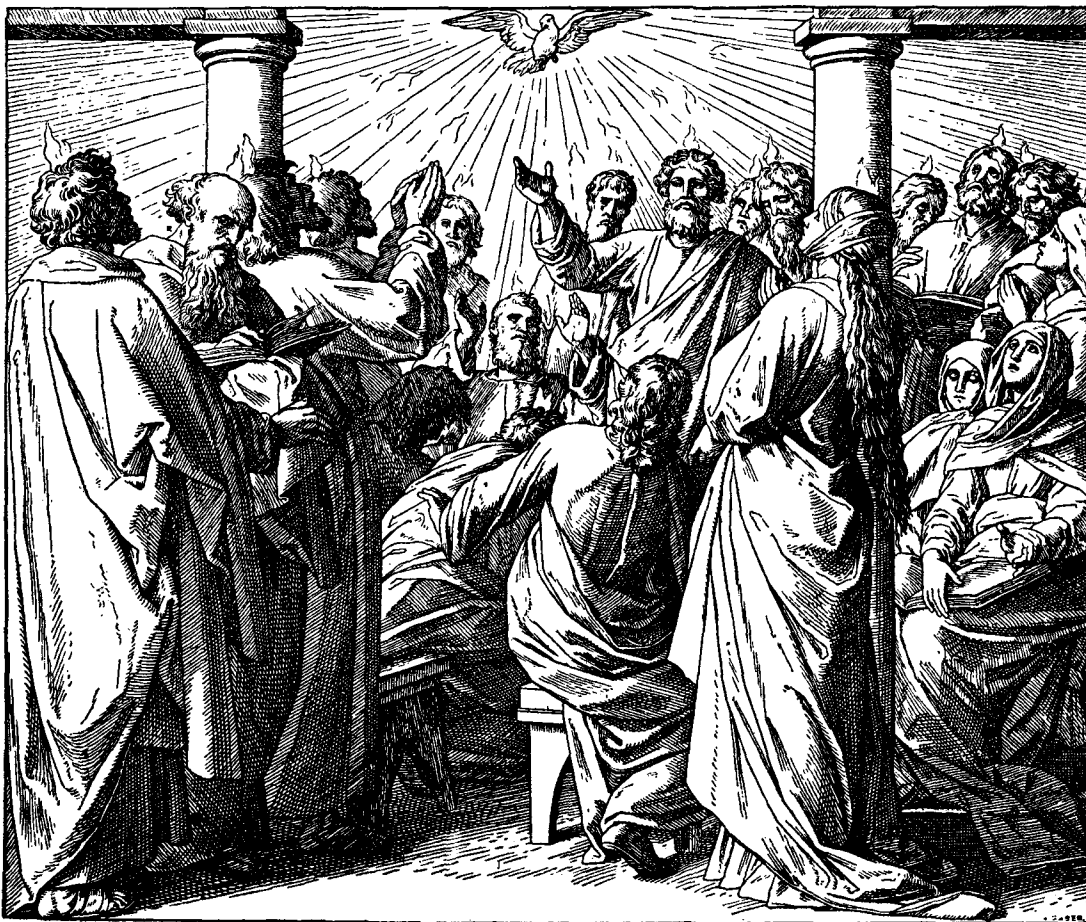
Como Madre del Hijo, el Padre le comunica su

misma fecundidad, y dentro de esa fecundidad, todas las perfecciones, sin otro límite que la misma potencia obediencial de creatura, para que no desdiga en el Verbo encarnado la Madre humana del Padre celestial. Por eso, todo lo que pueda afirmarse como posible de una creatura, todo hay que afirmarlo de la Virgen María, para que sea digna de ser la Madre del Hijo del Padre Eterno.

Y finalmente, Esposa del Espíritu Santo. Al comunicarse el Padre a la Virgen por su asociación al Hijo en un mismo decreto, le comunica como a Éste el mismo Amor sustancial divino que es el Espíritu Santo, principio de fecundidad. Por eso le dice el Ángel en la Encarnación: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por eso el que nacerá de ti se llamará

Hijo del Altísimo” (Lc. 1, 35). Si es esposa del Espíritu Santo para la obra máxima a que se ordena toda la creación, que es la humanidad de Cristo, igualmente ha de ser esposa del Espíritu Santo para toda obra de fecundidad divina externa; toda obra *ad extra* de Dios se hace por María y con María. Queda así María asociada al Hijo, inserta en la Trinidad, como representante y compendio de toda la creación, que consigo lleva a esa misma inserción que su Hijo verifica. Todo eso supone riqueza insondable de dones y privilegios, de que la revelación detalla sólo algunos. Pasemos, pues, a explicar ese plan divino, la relación de la Virgen a la Trinidad como Hijo del Padre, Madre del Hijo, y Esposa del Espíritu Santo, para a esa luz penetrar menos inadecuadamente los dones de que las Tres Personas divinas la han adornado.

ANTONIO PACIOS, M.S.C.



CONSERVA LO QUE TIENES NO SEA QUE OTRO SE LLEVE TU CORONA

EL CANTICO DE LA PAZ Y DE LA UNIDAD

S. Agustín contra los cismáticos donatistas †

Escuchad hermanos mis palabras, y no os irritéis contra mí;
porque lo que oís no es falso:
podéis verlo vosotros mismos.

¿Qué diríais si la Iglesia os dijese en tono apacible: ¿Por qué me habéis abandonado? Quiero saberlo de vosotros.

Cuando los gentiles me oprimían, yo sufrí muchos dolores.

Muchos me abandonaron, pero lo hicieron por temor (1)

A vosotros, al contrario, nadie os fuerza a rebelaros contra mí.

Decís que estáis conmigo; pero como veis esto es falso;

Yo me llamo *Católica* y vosotros sois el partido de Donato.

El Apóstol me manda rogar por los reyes del mundo (1 Tim. 2, 2)

Y vosotros os entristecéis porque los reyes profesan la fe católica.

Si sois hijos míos, ¿por qué deseáis que mis ruegos no sean atendidos?

Por qué cuando ellos han enviado regalos, no habéis querido recibirlos

Hasta habéis olvidado que algunos Profetas habían predicho (Sl, 70, 10):

Los grandes reyes enviarán presentes a la Iglesia.

Yo que soy vuestra Madre en el universo entero ¿qué os he hecho?

Yo rechazo a los malvados que puedo rechazar, y a los que no puedo, los sufro.

Los sufro hasta verlos curados, o hasta que seamos separados al fin del mundo.

Mas vosotros, ¿por qué me habéis abandonado, y por qué estoy dolorida por vuestra muerte?

Si aborrecéis mucho a los malvados, ved que los tenéis entre vosotros.

Y si soportáis a los malvados, ¿por qué no los soportáis en la Unidad?

Soportáis a los malvados sin ningún provecho vuestro,

porque queréis sufrir por Donato lo que deberíais sufrir por Jesucristo.

(1) El cisma donatista tenía su motivación inicial y fundamental en el escándalo ante la aceptación por la Iglesia Católica del retorno de quienes habían claudicado en los años de persecución.

VIRGEN FIEL, ESPEJO DE SANTIDAD

LOS TRES CAPÍTULOS DE LA AUTÉNTICA MARIOLOGÍA

La admirable Mariología Patrística, y en consonancia perfecta con ella la inspirada Mariología de las antiguas Liturgias de Oriente y de Occidente, muchos de cuyos monumentos han sobrevivido en las Liturgias posteriores, y han llegado, vivos y fragantes, hasta la Liturgia de nuestros días, se centran principalmente en tres cosas, o como en tres capítulos; y aun a ellos tres se reducen propiamente.

El primer capítulo es la exposición dogmática, fundada en la divina Revelación, de la dignidad, excelencia y privilegios de la Virgen María, comenzando por lo que es el fundamento de todo, su incomparable grandeza de ser verdadera Madre de Dios, ya que es Madre de Jesucristo, una Persona divina, la del Verbo, en dos naturalezas, divina y humana; y como consecuencia de esta dignidad altísima, excelencia única y privilegio inmenso, su pureza inmaculada, o exención absoluta de todo pecado y falta moral, ya desde el primer instante de su vida, en su Concepción sin mancha; su perpetua virginidad; y su incomparable santidad, con la que fue digna Madre del Divino Redentor, y aceptísima a la Augusta Trinidad, la cual, por tan eminente santidad de su Hija, Madre y Esposa, tuvo siempre en Ella todas sus complacencias, y la levantó a que fuese cooperadora directa y fidelísima en la obra de la salvación del género humano.

El segundo capítulo de la Mariología de los Santos Padres y de la Sagrada Liturgia es el analtecimiento del poder de intercesión de María, por encima de la de todos los Angeles y Santos; y de su peculiar oficio de Medianera nuestra para con su Divino Hijo; y esto con la finalidad pastoral de que todos los cris-

tianos acudiésemos con ilimitada e inquebrantable confianza a la "Omnipotencia suplicante"; le presentásemos nuestras devotísimas súplicas, en unión de la Santa Iglesia; y viviésemos siempre seguros bajo su maternal protección.

De estas dos primeras verdades de la Mariología están esmaltados y entretetejidos los escritos de los Santos Padres, y los himnos, plegarias y oraciones de las varias Liturgias. Baste recordar el "Ave, María", la "Salve, Regina", el "Alma Redemptoris Mater", el "Sancta Maria, Dei Genitrix, Virgo, intercede pro nobis".

Además de estos dos grandes Capítulos de la auténtica Mariología, que con tanta firmeza de fe y tan filial devoción de amor enseñaron los Santos Padres y celebraron las antiguas Liturgias, es admirable, en tercer lugar, el constante empeño con que en ambas fuentes del Culto y Devoción a la Virgen María, se nos presenta su vida santísima y sus virtudes perfectas, como ejemplar y modelo para nuestra imitación; dechado, por una parte, perfecto, y, por otra, del todo amable y atrayente; y, además, porque imitando los cristianos la vida y virtudes de María, imitamos más suave y fácilmente a Cristo; y así, llegamos al mismo Cristo por María: "Ad Iesum per Mariam".

En este tercer capítulo de la Mariología es de advertir que los Santos Padres y los subsiguientes Doctores de la Iglesia, nos proponen la misma incomparable grandeza de la eminente santidad de la Virgen fidelísima bajo dos aspectos; o, como ahora se dice, en dos vertientes.

CORRESPONDENCIA FIDELÍSIMA A LOS DONES DE DIOS

Lo primero, lo primordial, el origen de todo en la santidad de María, es lo que fue de parte de Dios para con Ella; a saber, la plenitud de dones excelsos, inmensos, y en todo gratuitos de predilección y de benevolencia divina, con que Dios, en iniciativa ma-

ravillosa, santificó a María, llenándola de la gracia santificante, de las virtudes infusas, teologales y morales, de los dones del Espíritu Santo, y de las gracias actuales de luces divinas y de fuerzas divinas con que el Espíritu Santo la fue iluminando y moviendo en

todos los instantes de su vida, con suave eficacia, para que María *pudiese* corresponder, como la Virgen fidelísima, a los sumos dones de Dios; y de hecho le *correspondiese* efectivamente, en la forma que Dios mismo lo quería, y conforme en todo al plan de Dios. Tal es la primera vertiente en la santidad sobreeminente de María; lo que fue de parte de Dios.

La segunda vertiente es lo que fue de parte de la misma Virgen María; es decir, su correspondencia sumamente fiel y generosa a los dones de santidad, recibidos de Dios, para ser así, con la divina gracia, Santa Madre de Dios, la toda Santa, la Santísima. De este modo, y por ésta su total correspondencia a los dones divinos de santidad, quedó constituida en perfecto modelo y ejemplar de vida santa para todos los cristianos. Y así, nuestro Culto y Devoción a la Madre de Dios viene a parar y como a culminar en lo más práctico y provechoso para nosotros, y que

es a la vez lo más conforme a los designios y deseos de Dios: en nuestra imitación de la vida y virtudes de María.

Basta asomarnos a los escritos de los Santos Padres para persuadirnos de que mientras exponían con celestial sabiduría y con soberano acierto lo que era de parte de Dios en la vida santísima de la Virgen María, cuidaban de proponer con empeño muy grande e insistente a los cristianos, con finalidad auténticamente pastoral, lo que fue de parte de María en su fidelísima correspondencia a los dones de Dios; y así, nos la proponían como ejemplar acabado y modelo perfecto de vida santa. Un solo testimonio valdrá por muchos; es el de San Ambrosio, que dice así: "Fue tal María, que su sola vida es para todos lección completa y ejemplo perfecto de vida santa" (De Virg., 1, 2).

LA MARIOLOGÍA MODERNA Y EL CONCILIO VATICANO II

Ante esta patente y hermosa realidad, es fácil caer en la cuenta de que los escritores y predicadores modernos, sin dejar del todo, ni mucho menos, esto segundo que hemos indicado en la santidad de María, es decir lo que fue de parte de Ella y es para nuestra imitación de su vida y virtudes, se extienden mucho más en lo primero, en lo que fue de parte de Dios; y aun se dedican más expresamente a todo lo que antes hemos recordado de los dos primeros capítulos de la Mariología. Es cosa digna de notarse.

En la época moderna, la más cercana a nuestros actuales tiempos, se ha seguido ciertamente la misma trayectoria que en la Edad antigua y media de la Iglesia; pues tanto los autores que han escrito tratados sobre la Virgen María, como los que al predicar la palabra de Dios en homilias y sermones, han dado la verdadera doctrina mariológica y han celebrado las glorias de María, se han mostrado fieles a la Tradición Apostólica y al Magisterio de la Iglesia; pues han juntado armónicamente, en sus enseñanzas doctrinales y en sus exhortaciones pastorales, aquellos tres Capítulos que constituyen la Teología de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Jesucristo, y Señora, Abogada y Madre nuestra.

Más aún; desde que el Papa Pío IX definió solemnemente, como dogma de fe, la verdad revelada por Dios de la Concepción Inmaculada de María, surgió en la Iglesia un admirable progreso en la Mariología. Baste recordar los muchos y excelentes Congresos Mariológicos, los doctos tratados, los inspirados

opúsculos de divulgación, que a la par de la ferviente predicación en torno a María y a su Culto y Devoción, forman un magnífico coro de alabanzas a María por sus grandezas y privilegios.

Sin embargo, no puede menos de ser advertido que esta Mariología moderna, sin dejar de proponer y ensalzar a María como dechado perfecto de vida santa; con todo, ha puesto tal empeño en celebrar y en poner de relieve las grandezas de María por su excelsa dignidad de Madre de Dios, y por sus prerrogativas y privilegios inherentes a tal dignidad, casi infinita; y juntamente con esto, se han dedicado los autores y predicadores a poner en buena luz, quizá más y mejor que en otros tiempos, la misión y oficio de María como Corredentora del género humano, su poder maravilloso de intercesión y aun de su Mediación universal de todas las gracias, y su Maternidad espiritual respecto de la Iglesia y de todos y cada uno de los redimidos por Cristo; que en no pocos casos se ha visto menos celebrada y aun algo dejada en la penumbra, aquella grandeza de la Virgen en que tanto insistieron los Santos Padres y los Doctores de la Edad media; la de ser ejemplar perfecto y modelo acabado de vida santa y de virtudes perfectas, en orden a nuestra imitación de Ella.

Es cosa notoria que ahora ya no se habla tanto de esto, como sucedía en siglos pasados, cuando, por ejemplo, se escribió el precioso librito "Imitación de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora", por un Monje Premonstratense. Mientras escribimos esto, te-

nemos abierto ante la vista un ejemplar de la undécima edición, en su versión española, de esta joya mariana.

Pero el Espíritu Santo, que con su presencia singularísima y su acción excepcionalmente vivificante en María, la llenó en tan eminente grado de sus gracias, dones y carismas, para que su incomparable santidad fuese no tan sólo de total complacencia ante Dios, sino también de lección y ejemplo para todos los cristianos; ha iluminado y guiado tan admirable-

mente en nuestros días las mentes de los Padres del Concilio Vaticano II, que al proponernos él en fúlgida luz todas las grandezas de María, hemos visto su empeño decidido, conforme a su intento eminentemente pastoral, de presentarnos a la Bienaventurada Virgen María como perfecto dechado de toda virtud y santidad, para que imitándola nosotros, según nos lo recomienda ardientemente el Concilio, seamos los hijos semejantes a la Madre, y por Ella, a Cristo Jesús, ideal supremo de nuestra vida.

MARÍA EN EL CAPÍTULO VIII DE LA "LUMEN GENTIUM"

¡Qué magnífico el último Capítulo (el VIII), de la Constitución "Lumen gentium"! Todo él lo dedicó el Concilio a María, con el inspirado título "Lan Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el Misterio de Cristo y de la Iglesia".

Da gozo ver cómo el Concilio, fundándose en la divina Revelación, y acudiendo al inexhausto tesoro de los Santos Padres, ha vuelto resueltamente al espíritu y a las enseñanzas de ellos, en orden a presentar a nuestra imitación la vida santísima y las virtudes perfectas de María.

Ya en la Introducción del admirable Capítulo, nos dice: "Es también proclamada (María) como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia, y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma, en la fe y en la caridad" (n. 53).

Más adelante añade: "Ya antes del mensaje del Ángel, Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Él la salvación" (n. 55).

Después de esto, nos muestra el Concilio a la Virgen, en la Anunciación, como vivo y consumado ejemplo de fidelidad al designio salvífico de Dios, con una pureza y santidad que es el perfecto dechado de la que hemos de tener los llamados a ser hijos de Dios. Dice así: "Entre los Santos Padres prevaleció la costumbre de llamar a la Madre de Dios, totalmente santa e inmune de toda mancha de pecado, como plasmada y hecha una nueva creatura por el Espíritu Santo. Enriquecida, desde el primer instante de su Concepción, con el resplandor de una santidad enteramente singular, la Virgen Nazarena, por orden de Dios, es saludada por el Ángel de la Anunciación como *llena de gracia* (Cfr. Lc., 1, 28); a la vez que Ella responde al mensaje celestial: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra (Lc., 1, 38). Así, María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús; y al abrazar

de todo corazón, y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente, como esclava del Señor, a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al Misterio de la Redención, con Él y bajo Él, con la gracia de Dios omnipotente" (n. 56). ¡Qué programa de vida, y qué ejemplo vivo para todos los redimidos por Cristo!

Y esto es más de tenerse en cuenta si consideramos que María, para ejemplo e imitación nuestra, obró como Dios quiere que todos obremos en su plan salvífico. Lo dice el Concilio a renglón sesuido: "Con razón, pues, piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. Como dice San Ireneo, obediendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano" (n. 56).

Más aún; la obra de nuestra salvación la hemos de realizar unidos con Cristo Salvador; y en esto, de un modo singular, es María nuestro perfecto modelo. Dice así el Concilio: "Esta unión de la Madre con el Hijo, en la obra de la salvación, se manifiesta desde el momento de la Concepción virginal de Cristo, hasta su muerte. En primer lugar, cuando María, poniéndose con presteza en camino para visitar a Isabel, fue proclamada por ésta como bienaventurada, a causa de su fe en la salvación prometida (Lc., 1, 41-45); y en el Nacimiento, cuando la Madre de Dios, llena de gozo, presentó a los pastores y a los magos su Hijo, que lejos de menoscabar, consagró su integridad virginal (Ib.); y cuando hecha la ofrenda propia de los pobres, lo presentó al Señor en el Templo, y oyó profetizar a Simeón que el Hijo sería signo de contradicción, y que una espada atravesaría el alma de la Madre (Lc., 2, 34, 35); y después de haber perdido al Niño Jesús y haberlo encontrado... su Madre conservaba todo esto en su Corazón, para meditarlo" (n. 57).



IM
SERRA
GODAY

MCMLIII

MARÍA, MODELO EJEMPLAR DE LA UNIÓN CON CRISTO

También se muestra María modelo ejemplar de los cristianos, que han de vivir siempre en unión con Cristo; y no solamente en lo oculto de la vida doméstica y en el silencio de la oración y la contemplación, sino también al colaborar con Cristo en su apostolado de la salvación de las almas, y al participar de su Cruz redentora. Clara y hermosamente nos lo enseña el Concilio.

“En la vida pública de Jesús apareció reveladoramente su Madre, ya desde el principio, cuando en las bodas de Caná de Galilea, movida a misericordia, suscitó con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús-Mesías (Cfr. In., 2, 1-11). A lo largo de la predicación de Jesús, acogió María las palabras con que su Hijo, exaltando el Reino de Dios por encima de las condiciones y lazos de la carne y de la sangre, proclamó bienaventurados a los que escuchan y guardan la palabra de Dios, como Ella lo hacía fielmente (Cfr. Lc., 2, 19 y 51).

”Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión

con el Hijo hasta la Cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (Cfr. In., 19, 25), sufriendo profundamente con su Unigénito, y asociándose con entrañas de Madre a su sacrificio; consintiendo amorosamente en la inmólación de la Víctima que Ella misma había engendrado; y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús, agonizante en la Cruz, como Madre, al discípulo, con estas palabras: Mujer, he ahí a tu hijo (Cfr. In., 19, 26, 27)” (n. 58).

Dechado nuestro, asimismo, María, en la oración de súplica, para que la Iglesia y sus hijos reciban el don supremo del Espíritu Santo: “También María imploraba con sus oraciones el don del Espíritu, que en la Anunciación ya la había cubierto a Ella con su sombra” (n. 59).

Al tratar después el Concilio sobre “La Santísima Virgen y la Iglesia”, nos propone a María, Virgen y Madre, como tipo y modelo de la misma Iglesia. Lo expone magníficamente en los números 63 y 64, a cuya atenta y sabrosa lectura nos remitimos.

VIRTUDES QUE DEBE IMITAR LA IGLESIA

Todavía se extiende amorosamente el Concilio en presentarnos muy de propósito las virtudes de María que debe imitar la Iglesia; y la Iglesia somos todos nosotros, a quienes, por lo mismo, nos llama el Concilio a una fiel imitación de las virtudes ejemplares de Nuestra Madre. He aquí sus palabras:

“Mientras la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (Cfr. Eph., 5, 27), los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado; y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la Comunidad de los elegidos. La Iglesia, meditando piadosamente sobre Ella y contemplándola a la luz del Verbo hecho Hombre, llena de reverencia, entra más a fondo en el soberano Misterio de la Encarnación, y se asemeja cada día más a su Esposo. Pues María, que por su íntima participación en la Historia de la salvación, reúne en sí y refleja en cierto modo las supremas verdades de la fe, cuando es anunciada y venerada, atrae a los creyentes a su Hijo, a su sacrificación, y al amor del Padre. La Iglesia, a su vez, glorificando a Cristo, se hace más semejante a

su excelso Modelo, progresando continuamente en la fe, en la esperanza y en la caridad, y buscando y obedeciendo en todo la voluntad divina. Por eso también la Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en Aquélla que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue, en su vida, ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquéllos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres” (n. 65).

Trata después el Concilio, en el párrafo IV, sobre el Culto de la Santísima Virgen en la Iglesia; y nos dice que este Culto “ha de ser en veneración y en amor; en la invocación y en la imitación” (n. 66). Y termina diciendo: “Recuerden, finalmente, los fieles que la verdadera devoción a María no consiste en un sentimentalismo estéril y transitorio, ni en una vana credulidad; sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, y que nos impulsa hacia un amor filial a nuestra Madre, y a la imitación de sus virtudes” (n. 67).

Todas estas enseñanzas, tan sumamente prácticas, con las que el Concilio nos ha llevado a la imitación de la "Virgen fiel, espejo de santidad", nos las ha dado, según queda dicho, en el Capítulo VIII, dedicado todo él a la Bienaventurada Virgen María,

de su Constitución "Lumen gentium". Mas no sólo lo ha hecho en este inspirado Documento; pues también en otros nos ha propuesto a María como perfecto modelo para nuestra imitación. Aduciremos un solo texto, que hace más a nuestro propósito.

MODELO PERFECTO DE ESPIRITUALIDAD APOSTÓLICA

Es en el Decreto "Apostolicam actuositatem", sobre el Apostolado de los seglares; y dice así: "El modelo perfecto de esta espiritualidad apostólica es la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles; la cual, mientras vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba continuamente unida con su Hijo, y cooperó de modo singularísimo a la obra del Salvador; y ahora, asunta a los cielos, cuida con amor materno de los hermanos de su Hijo, que peregrinan todavía, y se ven envueltos en peligros y angustias, hasta que lleguen a la Patria feliz. Hónrenla todos con suma devoción, y encomienden su vida apostólica a la solicitud materna de María" (n. 4).

Esplendorosamente, pues, queda de manifiesto que

el Concilio Vaticano II, volviendo a las más puras y seguras tradiciones de la Mariología Patrística y Litúrgica, a la que siendo sólidamente dogmática, fue acertadamente pastoral; se propuso presentarnos a María como perfecto modelo de toda virtud y santidad, para nuestra fiel imitación, mediante la divina gracia, de la que la misma Virgen es Madre y Mediadora. Se lo propuso, y lo realizó muy de propósito y a maravilla. Y con esto, ¿no nos invita a que consideremos, aún más detenidamente cómo la "Virgen fiel" es nuestro "Espejo de santidad"; es decir, nuestro modelo ejemplar en la correspondencia a los dones e inspiraciones divinas, y en la cooperación a la obra salvífica y santificadora de Dios?

ROBERTO CAYUELA, S. I.

S U M A R I O

- LA AMADA DEL SEÑOR, Antonio Pacios, M. S. C.
 EL CÁNTICO DE LA PAZ Y LA UNIDAD, de S. Agustín.
 El Concilio Vaticano II y la Mariología: VIRGEN FIEL, ESPEJO DE SANTIDAD, Roberto Cayuela, S. I.
 NOSTALGIA DE LO SAGRADO, Fr. Antonio de Lugo, O. S. H.
 EL ABANDONO EN DIOS, Gerardo Manresa Presas.
 LA EFICACIA DE UN HUMILDE APOSTOLADO DESDE LA PEQUEÑA GRANJA DE UN CONVENTO, Roberto Cayuela, S. I.
 AL MEDIO SIGLO — 1917 EN LA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA — Y AL FIN LLEGAMOS AL AÑO CRUCIAL: 1917-XXXII, Luis Creus Vidal.
 ¿EL VERBO SE HIZO CARNE O EL VERBO SE HIZO HOMBRE?, Severiano del Páramo, S. I.
 LA LEY DE EDUCACIÓN Y LA NUEVA TERMINOLOGÍA, Julián Gil de Sagredo.
 ¿UNA NUEVA MUNICH ESTÁ SIENDO PREPARADA? El Presidente del TEP.
 ESPAÑA Y LA CRISTIANDAD, Antonio Segarra, S. I.



Año XXVII - NUMERO 495
 BARCELONA
 MAYO 1972

Depósito legal: B. 15860-1958

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º-(10)
 Teléfono 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

NOSTALGIA DE LO SAGRADO

La sociedad de hoy, en proceso de secularización, va perdiendo poco a poco, el sentido de lo sagrado; es consecuencia de la crisis de fe que padecemos. La negación del orden sobrenatural, la nueva versión de un cristianismo de cuño marcadamente antropocéntrico, una ascética y una mística naturalista, que pretenden adquirir carta de naturaleza en la Iglesia, pesan demasiado en el ánimo de muchos católicos que, no encuentran ya, sentido a la oración personal, hecha en pura fe, al Dios trascendente, ni siquiera a los signos sacramentales; abominan de cuanto hace referencia a lo sobrenatural y divino, como son los templos, los hábitos religiosos y los mismos religiosos, en cuanto personas consagradas a Dios, y sobre todo, el sagrado carácter sacerdotal.

La causa más remota de este movimiento desacralizador, es, sin duda, la pérdida de la fe sobrenatural, que, a su vez, está motivada por causas diversas, que no viene al caso analizar ahora. Es evidente que, errores doctrinales, ya dogmáticos ya morales, antiguos y modernos, reaparecen con gran virulencia, contaminando el ambiente, sin que, a los fieles les quepa otro recurso de defensa, que la oración humilde y fervorosa, los Sacramentos con que sostienen su vida espiritual y la firme adhesión al Magisterio Jerárquico de la Iglesia; con estos medios, el Espíritu Santo, conserva íntegra la fe del pueblo de Dios.

Conviene recordar, cómo a través de los siglos, la Iglesia ha tenido que defender al Patrimonio de la Verdad revelada, que el mismo Dios, le ha confiado. La mayor parte de los errores que hoy se nos quieren vender como algo nuevo, son mercancía vieja, importada de pasadas épocas; todos ellos han sido refutados y condenados en distintas ocasiones. Sin remontarnos a tiempos muy lejanos, el año 1907, el Papa San Pío X, señaló los errores modernistas, en el Decreto "Lamentabili", del 3 de julio; el mismo Papa, en la Encíclica "Pascendi" del 8 de septiembre del mismo año, no sólo señala los mismos errores, sino que valientemente los refuta y condena. El Papa Pío XII, en la Encíclica "Humani Generis" del 12 de agosto de 1950, también sale al paso de falsas doctrinas; las expone claramente, y no precisamente para alabarlas. El Papa Pablo VI, con frecuencia, en sus discursos y alocuciones, a la vez que expone con nitidez la sana doctrina católica, señala también, con dolor, los errores que deforman la verdadera doctrina, causando con ello confusión en el pueblo fiel.

Nada tiene de extraño que, al ser atacado el mismo fundamento, que es la fe, la vida espiritual se resienta seriamente. Se nota, en efecto, frialdad, en la piedad, no sólo de los fieles, sino, incluso entre las personas consagradas a Dios; se ora poco, y no por eso se ora mejor. Las más sublimes acciones litúrgicas sirven a algunos desaprensivos de caldo de cultivo para arbitrarias e incontroladas experiencias, con escándalo de no pocos. El culto a Dios, siempre tan cuidado en la Iglesia católica, ha perdido aquella misteriosa grandeza, que, infundía profundo respeto a las cosas santas, a la vez que, exigía una actitud personal, a tono con las mismas. ¿Dónde se encuentra aquel noble decoro, querido por la Iglesia en las celebraciones litúrgicas, especialmente en la Santa Misa? Un estilo carente de buen gusto, la falta de aquella humana educación o cortesía, que exige la realización de los divinos misterios, la ausencia de unción piadosa en el porte externo etc., contribuyen eficazmente a que la Liturgia, no ejerza en los fieles el atractivo que lleva suavemente a Dios. Es verdad que la afectación, lo artificioso, lo teatral, pudo en un tiempo, tener cabida en el culto, pero ese no es el estilo de la liturgia; son abusos, desterrados, y con mucha razón.

LA LITURGIA REQUIERE FORMAS EXTERNAS, ACORDES CON SU MISMA NATURALEZA

En la Liturgia la Iglesia vive el Misterio Pascual, de Cristo, y nos aplica sus frutos. La Liturgia requiere un marco apropiado, bien distinto del marco requerido, por otras acciones humanas, que no trascienden la vida natural.

La oración de la Iglesia, se dirige a Dios; trasciende los sentidos, es un misterio; el canto que la expresa ha de trascender también, en cuanto puede, los sentidos, para mover el alma. El mensaje de muchas piezas musicales empleadas en acciones litúrgicas, no llega más allá del sentido; se queda en la mitad del camino. Ciertos cantos más apropiados parecen, por su semejanza con la música "pop", para ser cantados en "clubs", que para expresar, en el Santuario, los sentimientos de fe, de adoración, de amor, del pueblo fiel para con su Dios, tres veces Santo. Los coros monásticos, donde la Iglesia ora, por medio de los monjes, la música, el canto, no deben producir

distorsión alguna en el alma de los monjes. La vida de oración y contemplación, en un ambiente de soledad y silencio, ponen al monje, en contacto con lo sobrenatural; su vida es un misterio de fe y de amor; de luz y sombra; la oración, centro de su vida, le mantiene orientado habitualmente hacia Él; aparte la letra, la música simplemente, debe ser mensajera de algo misterioso trascendente, a fin de servir de expresión adecuada a su oración. La música es para el monje mensaje de eternidad; acompañar el canto de los salmos con melodías, cuyo ritmo no sintoniza con aquel clima interior de "suma tranquilidades Dei", de que está impregnado el espíritu del monje cuando canta las alabanzas divinas, no parece acertado.

El canto gregoriano, resulta a muchos, áspero, incomprensible, rudo; tiene sin embargo, indiscutible calidad artística, y es portador de un mensaje, que, si ciertamente no halaga el sentido, porque lo trasciende, cala muy hondo, toca el alma, y es muy apto para expresar los sentimientos trascendentes de la Iglesia orante. Su rudeza no es más que aparente; es, en verdad sobrio, pero expresivo. No es exagerado afirmar que, muchas de sus incomparables piezas, han sido compuestas, bajo la moción de un especial carisma; de ahí nace la unción de su melodía, la serenidad de su ritmo. Escuchemos la opinión de Dom Gueranger, Abad que fue, del Monasterio de San Pedro de Solesmes, que a su condición de monje contemplativo, une su pericia en la materia: "Sólo la Liturgia puede revelar al músico esas inefables melodías gregorianas, el único resto de aquella música antigua, de la que tantas maravillas se refieren, y el producto de la más noble y sublime inspiración católica; temas admirables de los que no se han apartado, sino para caer en lo bárbaro, creyendo sustituir melodías, como se sustituían fórmulas nuevas a las viejas, o para darse a un género enteramente profano, en repugnante contraste, con la santidad del lugar, la majestad de las palabras, la religión de los misterios" (Institutions liturgiques, 2.^a ed., pág. 14). Su sucesor, el Abad Dom Delatte, también perito en música sagrada, decía: "Estos cantos son sagrados. No los toquéis. El anónimo trabajo de artistas, que fueron santos, nos han legado el tesoro de esas fórmulas las más puras y expresivas, que haya inventado el humano corazón, para conversar con Dios", y el célebre músico solesmense, universalmente conocido, Dom J. Gajard, afirma, que, las melodías gregorianas, "han brotado del corazón de los Santos, al dictado del Espíritu Santo", (Revue Gregorienne, pág. 178, año 1923).

Es lamentable que, habiendo un abundante y escogido patrimonio de música sagrada no sólo gregoriana,

sino polifónica clásica, y aun popular, pero de inspiración netamente religiosa, queden arrinconados tantos valores, y en su lugar se introduzcan en el culto divino, piezas musicales, que son inaceptables, y contribuyen, no poco, a la desacralización, mucho más cuando, se interpretan con instrumentos, que resultan menos aptos; así no es extraño, que, en varias ocasiones, los asistentes a la acción litúrgica, terminaban danzando, y no precisamente el "minué". Es verdad que no todo va por ese camino; hay piezas logradas, sobre todo par ser cantadas por grandes multitudes; por su misma sencillez, son fáciles, su ritmo no es enervante y no carecen de unción. Menos acierto hay, en la música para los coros monásticos, especialmente para el canto de las Horas. Es posible que algo de lo que hay, no carezca de calidad artística pero...; gustan sí, pero al oído; muchas piezas, recuerdan cantos del "folklore regional"; parece que no están en el mismo plano la música con que el monje alaba a Dios, y los sentimientos de su alma contemplativa.

"CLIMA" QUE REQUIERE LA LITURGIA

Es bien comprensible que, los fieles sientan verdadera añoranza de lo sagrado, nostalgia de lo divino. No debemos olvidar que, el orden sobrenatural, está envuelto en el misterio, y la Liturgia católica, se desenvuelve también, en ese clima de misterio; es verdad que los Sacramentos son signos sensibles, y su materia es la misma que empleamos para usos vulgares de la vida; par que sean verdaderos Sacramentos de la Nueva Ley, y tengan aquella virtualidad divina, que sólo Dios, les puede conferir, se han de realizar; por quien está capacitado para ello, y que, queriendo hacer lo que hace la Iglesia, emplee los ritos dispuestos por la misma Iglesia, que, aseguran la válida confección sacramental; entonces, el pan, el vino, el aceite, el agua, etc., adquieren una nueva finalidad y tienen para el católico una nueva significación; no sólo significan la gracia invisible, sino que la producen, por ello no podemos usar ya de estos instrumentos de santificación, como usamos, los mismos elementos, en la vida ordinaria; hay en ellos algo sobrenatural, que no vemos, y que nos obliga a tratarlos con respecto, con veneración, que nace de la fe. La misma oración, nos sitúa, por la fe, de cara a Dios, pero siempre en el misterio, incluso en sus grados más elevados. Los Santos, que se distinguieron por su gran confianza en la Providencia paternal de Dios, sabían tratar con Él, en la más personal intimidad, diríamos de tú a tú, siempre llenos de un gran respeto, pues al fin, sentían-

se criaturas, en presencia del Señor, del Dios de inmensa Majstad.

Hoy ante los frecuentes casos con que, abusivamente se expone la Palabra de Dios; a la vista de cómo se tratan las cosas más santas, de una manera vulgar, ordinaria, ya veces chabacana, muchos fieles, laicos y religiosos, sin excluir los sacerdotes, sienten que se despierta en ellos, una mayor sed de Dios, y rezan con el Salmista:

Como busca la cierva
corrientes de agua
así mi alma te busca
a Ti, Dios mío;
tiene sed de Dios
del Dios vivo... (Salmo 41)

Gracias a Dios, no suele ser, en los Monasterios, donde se dan las desviaciones a que nos referimos, que restan sacralidad al culto, aunque por desgracia, tampoco en ellos faltan extravagancias. Nuestra vida, toda orientada a Dios, se desarrolla en un ambiente de sobrenatural recogimiento, que afina en nosotros, el sentido de lo divino. Los actos litúrgicos deben ser realizados, con espiritual unción, y en sus formas externas de expresión, como el canto, los ademanes, los gestos, etc., lo mismo que todos los utensilios que se emplean; las vestiduras sagradas, y cuanto se usa en las acciones litúrgicas debe ser adecuado, es decir, apto, para los ritos sagrados, que se han de realizar, con decoro, dignidad y sumo respeto a los soberanos misterios de nuestra fe. No está de más recordar aquello de nuestros mayores: "Sancta, trasantur sancte".

F. ANTONIO DE LUGO

NOCIÓN DEL IDEAL

¿Qué es el ideal?

Ideal se opone a lo sensible, como la idea se opone a la sensación.

El ideal *no se opone a la realidad*, antes bien, dice una realidad tan alta que sólo el entendimiento puede percibir; sólo la voluntad la puede amar. Por eso los animales no tienen ideal: sólo los racionales son susceptibles de él, y tanto más cuanto más nobles y elevados.

Ideal es como un ejemplar de suma perfección, que el entendimiento percibe, por el que suspira la voluntad.

Ideal y fin son una misma cosa. Sólo que el ideal dice "un fin concebido por el entendimiento *como pleno y realizable*, y presentado a la voluntad como *la única ilusión* a que debe tender y en cuya ajecución verá saciadas todas sus ansias de bien.

Ideal es aquello con cuya consecución descansa el entendimiento, y se considera y se siente plenamente feliz la voluntad.

Ideal es la idea clara de algo que llene y satisfaga todas nuestras ansias.

¿Cuál es el ideal verdadero?

Tiene dos condiciones:

1.^a) Que sólo el entendimiento lo perciba como perfección y dicha suma del hombre y no sólo que reúna en sí toda perfección y dicha, sino que *además lo sea*.

2.^a) Que no sólo el entendimiento lo vea como asequible, sino que *además lo sea*.

(Frag. del cap. XII de EL AMOR, de Antonio Pacios, M. S. C. cuyo título es: "El ideal: Cristo — Influencia del ideal en la vida del hombre".)

EL ABANDONO EN DIOS



La historia es el resumen de todo lo que cada uno de los hombres ha hecho durante su vida para sus semejantes, ya sea en bien o en mal.

Cada persona, podríamos decir, es un enviado de Dios para completar su divina obra en este mundo. Lo que Él quiere es que nos dejemos guiar, es decir, obrar por medio de Él.

Cada persona tiene una misión importante que cumplir, hablando en los términos de los planes de Dios. La amplitud del campo que debe abarcar su influencia varía mucho según los designios de Dios. Muchas veces este campo queda reducido al ambiente familiar y poco más. Sin embargo, a veces Dios quiere que alguien influya en gran manera en todos sus semejantes. La criatura que ha tenido un campo de influencia mayor, ha sido, sin lugar a dudas, la Santísima Virgen, nuestra Madre.

En el presente siglo también ha querido Dios enviarnos un mensajero que influya muy decisivamente en la espiritualidad del mundo actual. Su misión es la más grande que pueda darse: "Amar... y trabajar para que el Amor sea amado". Su misión es el amor. La misionera es la pequeña monjita de Lisieux.

La semilla debe morir para que dé mucho fruto. Así Santa Teresita debía morir. Ella murió para sí en vida por el camino de la infancia espiritual y de esta forma pudo amar mucho y para lograr que el Amor fuera amado tuvo que morir muy pronto. De este modo hemos recogido antes su fruto.

Ésta fue la gran misión de la querida santita. Comprendió tan perfectamente lo que era amar a Dios que viéndose incapaz de corresponderle se abandonó en sus brazos para que Él lo fuera todo en ella. Por esto podía expresarse diciendo:

"En el cielo Dios hará todo lo que yo quiera, porque en la tierra yo no lo he hecho."

"Yo no he dado a Dios más que amor. Él me lo devolverá con Amor."

"Ya lo veo, todas mis esperanzas serán satisfechas... si, el Señor hará por mí maravillas que sobrepasarán infinitamente mis inmensos deseos."

Ésta es la grandeza de Santa Teresita, verse incapaz de nada sin la ayuda de Dios y dejar que Dios trabajara en ella y por esta razón Dios, que está esperando que las almas se entreguen a Él, hizo en ella el gran milagro.

Ella que se veía incapaz del más íntimo acto de amor sin la ayuda de su Rey se atreve a todo con Él y así aquella libre flor quisiera ser al mismo tiempo sacerdote, apóstol, cruzado, zuavo pontificio, doctor de la Iglesia y mártir para conseguir que el Amor fuera amado lo antes posible.

¡Este es el misterio del amor de Dios: nos transforma! Y aquella niña tan débil e incapaz por ella misma de un acto de amor, encuentra su lugar en la Iglesia en el centro de vivificación de la misma “en el corazón de la Iglesia yo seré el amor”.

Estas ansias que expresa Santa Teresita en todos sus escritos parecen ser un fiel reflejo de las primeras palabras del Magnificat de la Santísima Virgen:

“Mi alma glorifica al Señor
y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador
porque ha visto la pequeñez de su esclava
me llamarán bienaventurada todas las generaciones”

Esta es la fuente que frecuentó Santa Teresita para lograr saciarse en el amor de Dios: La Santísima Virgen. La monjita de Lisieux se consagró a Ella y durante toda su vida no hizo más que intentar imitarla y llegar así a convertirse en la segunda “esclava del Señor”.

Santa Teresita confió tanto en la Virgen que poco antes del morir, cuando Dios aún permitía que las tinieblas le rodease decía: “La Santísima Virgen: No se me inhibirá nunca, porque yo la quiero demasiado”, como si quisiera decir que si Dios se le ocultaba alguien la ayudaría a llegar hasta Él. Y esta persona no podía ser otra que la Santísima Virgen.

GERARDO MANRESA PRESAS

**PIENSO “QUE EL SEÑOR CONOCE NUESTRA FRAGILIDAD
Y SE ACUERDA DE QUE NO SOMOS MÁS QUE POLVO”**

Hablando del retiro que precedió a su profesión, dice así Santa Teresita:

“No fue, ni mucho menos, para mí, una fuente de consuelo. La aridez más absoluta y casi el abandono fueron mi patrimonio. Jesús, como siempre, continuaba dormido en mi navecilla.

”¡Ah! Lo comprendo muy bien. Muy pocas veces le dejan las almas dormir tranquilamente. Jesús, tan fatigado de hacer siempre el gasto y de dar por adelantado, no pierde nunca la ocasión de descansar que yo le ofrezco, y se aprovecha de ella. Puede ser que no se despierte hasta mi gran retiro de la eternidad. Pero esto en lugar de entristecerme, me causa un contento grandísimo.

”Estoy lejos en verdad, de ser una santa, y nada lo prueba mejor que lo que acabo de decir. En vez de alegrarme de mi sequedad, debiera atribuirle a mi falta de fervor y de fidelidad. Debería causarme pena el dormirme, desde hace siete años, durante la oración y la acción de gracias.

”Y, sin embargo, nada de esto me da pena. Pienso que los niños agradan lo mismo a sus padres dormidos que despiertos. Pienso que para hacer sus operaciones los médicos duermen a los enfermos. **PIENSO, EN FIN, QUE EL SEÑOR CONOCE NUESTRA FRAGILIDAD Y SE ACUERDA DE QUE NO SOMOS MÁS QUE POLVO.”**

LA EFICACIA DE UN HUMILDE APOSTOLADO DESDE LA PEQUEÑA GRANJA DE UN CONVENTO

De labios de un santo religioso, el P. José Mundó, S. I., insigne literato, historiador y escritor, y más que nada ejemplarísimo por sus grandes virtudes, oí hace muchos años un relato, que él había leído en una autorizada revista alemana. Y pienso que puede interesar a los lectores de "Cristiandad", por la edificación que el hecho da y por la lección que contiene.

El hecho, rigurosamente histórico, fue así:

A principios de este siglo **xx**, fue designado por el Sumo Pontífice para regir, como Obispo, una diócesis de una de las naciones que ahora están tras el telón de acero, un joven sacerdote, que había dado excelentes muestras de ser muy santo, docto y prudente. Recibió su designación como una cruz, y se abrazó con ella. Le constaba, de oídas, la difícil situación de la diócesis que Jesucristo le había confiado por medio de su Vicario en la tierra; pero vio que debía obedecer, y que así le daría el Señor su gracia abundante para poder mandar, conforme a la voluntad divina.

Tan pronto como tomó posesión de su cargo, cayó en la cuenta de que su Grey estaba mucho peor de lo que anteriormente había sabido por referencias.

La situación era desoladora: escasas vocaciones para el seminario; el clero descuidado y no bien unido; las asociaciones seglares de caridad y de apostolado, en decadencia; los templos muy poco concurridos; la fe, en muchos, vacilante y tibia; la inmoralidad pública y privada, como una plaga devastadora.

Quedó el joven Prelado sumido en la más honda aflicción; pero no se dejó abatir por lo adverso de su caso. Se había consagrado sin reservas al Pastor de los Pastores, Jesucristo; y se había puesto por completo en sus manos, que significan su poder, y en su Corazón, que simboliza su amor; y tenía la firme convicción de que una ilimitada e inquebrantable confianza en el poder y en el amor de Cristo, es la llave de oro que abre el tesoro de todos los bienes del Corazón de Cristo. Sabía también que contaba con un arma invencible, la oración. Y a ella se entregó con asidua constancia y con encendido fervor.

Un día, mientras oraba ante el sagrario del sencillo oratorio de su residencia episcopal, y puestos los ojos en el retablo del altar, donde contemplaba la ima-

gen de Jesucristo, con su Corazón patente sobre su Sagrado pecho, como se ha querido mostrar a su Iglesia en los últimos siglos, para que con nuestros propios ojos pudiésemos contemplar su inmenso Amor, simbolizado en su Corazón; se puso a derramar ante el Señor las angustias, congojas y tristezas que le causaba la situación de su diócesis, y a suplicar remedio para tantos males.

Y de repente, vio claramente ante su vista, a un lado del retablo, la imagen o retrato de una religiosa. Quedó profundamente sorprendido; y mucho más cuando oyó en lo íntimo de su alma una voz clara y suave, que le decía: "Esta Religiosa salvará tu diócesis, y le obtendrá una floreciente restauración". No es difícil adivinar la impresión que todo esto le causó, y cómo quedó el fervoroso Obispo, entre admirado, reconfortado, y aun intrigado.

Breves instantes duró la visión; pero el tiempo fue suficiente para que el prelado se diese perfecta cuenta de la fisonomía de la Religiosa y del hábito con que se le mostraba. Pensó lo que debía hacer, lo encomendó al mismo Señor que con tanta bondad había salido al encuentro de sus grandes preocupaciones para remediarlas; y se dispuso a realizar lo que la inspiración divina le sugería.

Pocos días después, y habiéndose enterado de la dirección de las religiosas que vestían aquel hábito, fue a visitar el convento, y preguntó por la Madre Superiora. Salió ella al recibidor; se presentó el prelado; le preguntó amablemente y con pastoral solicitud por las religiosas y por las cosas de la Comunidad y de la Casa; y terminó su conversación diciendo que tendría mucho gusto en ir algún día a celebrarles la Santa Misa en la capilla del convento, darles a todas la Sagrada Comunión, y después hablar a las religiosas, reunidas en la sala de la comunidad. Manifestó la Superiora su contento y gratitud, de la que participarían todas sus hijas cuando se lo dijese; y señaló el Obispo la fecha.

Llegado el día, celebró el Santo Sacrificio Eucarístico, con la participación de toda la comunidad; y al dar la Sagrada Comunión, mientras se fijaba atentamente en cada una de las que se iban acercando al

comulgatorio, reconoció distintamente a la religiosa de la visión. Le dio como un salto el corazón por el gozo y la esperanza.

Terminada la celebración de la Santa Misa, y después de haber hecho devotamente la acción de gracias, y tomado el desayuno, fue a la sala de la comunidad, donde le esperaban las religiosas. Les habló con tanto espíritu y unción, que ellas quedaron enfervorizadas. Todavía se detuvo un rato, invitándoles a que le hiciesen las preguntas que se les ofreciesen. Lo hicieron; y antes de despedirse, y a ruegos de la Superiora, pasaron una por una a besar su Anillo Pastoral.

Pero quedó sorprendido y como decepcionado al ver que no pasaba la religiosa de la visión. Disimuló su contrariedad, y preguntó sencillamente a la Superiora si habían estado todas en la reunión. "Creo que sí, señor Obispo", dijo la Superiora; pero se oyó en seguida una voz que decía: "Madre, falta la Hermana "tal", la que cuida de la granja, y que no ha debido poder venir porque ésta es la hora de dar la comida a los animales; y, además, la pobre está ahora "impresentable". "No importa", indicó suavemente el prelado; "que venga".

Acudió ella, mientras se habían ido retirando las demás; fue presentada por la Superiora al prelado; y a ruego de éste, se retiró también la Superiora, y se quedaron a solas el prelado y la Hermana...

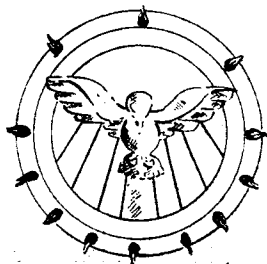
Con vivo interés, pero sin dejar traslucir el motivo que le inducía a enterarse de todas las cosas de la Hermana, le fue preguntando por su vida de piedad, por sus ocupaciones, por su situación en la comunidad, por sus sentimientos; a todo lo cual respondió la humilde religiosa con ingenua sencillez, añadiendo que desde hacía un breve tiempo, había sentido como una fuerte inspiración del Señor, que le había movido a ofrecer todas sus cosas por el señor Obispo, aun sin haberle conocido, y por las necesida-

des de la diócesis. Y así, ésta era su única intención en sus Misas y Comuniones, en sus oraciones y visitas al Santísimo; y también en sus trabajos y faenas y en los continuos sacrificios de toda clase que le causaba el cuidado de la granja; la cual, aunque era pequeña, con unas cuantas gallinas, conejos y cerdos, sin embargo, como estaba ella sola para todo, y la ocupación era como fácilmente se dejaba entender, y encima de todo esto, era considerada como la última de la comunidad, tenía continuas ocasiones de ofrecer sacrificios al Señor. Mas terminó diciendo que todo le parecía poco, y que estaba dispuesta, con la gracia de Dios, y con la bendición del señor Obispo, que pidió con filial confianza, a continuar en lo que tenía por clara inspiración divina, ofreciéndolo todo, y aun su propia vida, por el señor Obispo y la diócesis.

Aunque profundamente emocionado el Obispo, bien se guardó, en su prudencia, de indicar una palabra, y aun ni un atisbo de lo que llevaba en su alma desde el día de la visión. Se limitó a exhortar a la humilde Hermana a que prosiguiese en su fiel generosidad a la inspiración del Señor, y terminó diciéndole que la diócesis y él tenían mucha y muy grave necesidad de oraciones y de sacrificios, pero todo hecho con gran confianza en la bondad y poder del Sagrado Corazón de Jesús, en cuyo nombre le dio la bendición, le dio a besar el Anillo Pastoral, y le dio la despedida.

No habían pasado muchos meses cuando la faz de la diócesis comenzó a cambiar; y al cabo de un par de años, todo fue una maravillosa renovación y transformación en todos los órdenes. El prelado no cesaba de bendecir al Señor y de darle gracias fervientes, al ver y palpar la eficacia de un humilde apostolado desde la pequeña granja de un convento, y reafirmandose en la convicción de que quien confía de veras en el Corazón de Cristo, no se ve defraudado.

ROBERTO CAYUELA, S. I.



1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XXXII

Y AL FIN LLEGAMOS AL AÑO CRUCIAL: 1917

Agradeciendo tanto al lector que, pacientemente, nos ha venido siguiendo en nuestro largo camino, le señalaremos que éste ha tenido por finalidad la de hacerle vivir las esencias, constitución y aun historia de toda una Sociedad, de todo un modo de ser mundial, de todo (como se ha venido diciendo) un "weltanschauung" que iba a finir en la cúspide de este año, trascendental y trágico, que se nos antoja así como un vértice casi de algo que iba a trastornar —no dudamos en afirmarlo— la elaboración de cerca de dos Milenios. ¿Es que, para el observador de la Historia, puede comenzar a parecer inverosímil la sospecha de que 1917 marca el fin de la primera parte de nuestra Era cristiana? ¿Es que, ante la aceleración de los tiempos, es demasiada locura el columbrar si estamos en el declive de una gran cumbre, y que en estos solos cincuenta y pico de años la Humanidad ha corrido un camino que pronto equivaldrá al de siglos enteros? ¿No es el tiempo de hoy inmensamente más rapido que el de ayer, incluso del ayer próximo?

Sea como sea, es indiscutible que 1917 marca un desplome general de todo. Un cambio radical en todo también. No es excesiva quimera el hablar del mundo antes de 1917 y del mundo de después de la fatal cifra.

¿Qué es 1917?

Súbitamente, como un terremoto. A los dos años de una guerra, al parecer "de desgaste", con ciertas reminiscencias de guerra clásica, que muchos aun confiaban en ver acabar en un compromiso, con una parte más o menos victoriosa, al estilo de tantas veces, esta Contienda esta vez, sin embargo, mundial —ofrece en 1917, simultáneamente, cuanto vamos a significar; cada una de cuyas cosas ya sería, de sí, un cataclismo. Tanto más, la simultaneidad de todo.

1.º La Revolución Rusa.

2.º La entrada de los Estados Unidos de América.

3.º El nacimiento moral de Israel.

4.º El renacimiento de Asia y del Islam. Semillas de los que hoy llamamos "Tercer Mundo". "El ocaso de Occidente."

5.º El cuarteamiento de los tres grandes Imperios: el Alemán, el Austro-Húngaro, el Turco.

6.º La consagración de la técnica, hija de la guerra. La Sociedad-técnica.

Cada uno de estos factores, por sí solo, capaz de revolucionar al mundo: cuanto más todos ellos a la vez!!!

No en vano es el año de Fátima. En mayo del mismo —lo remarcamos en nuestro I artículo de la serie—, María avisa al mundo lo que le avecina. Y el mundo no quiso oírla. Una vez más, el aviso de María, fue como la luz. Pero "...esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido (Joh., I-4)".

La revolución rusa

Acabó 1916 con el episodio del asesinato de Rasputín. Estos episodios —es la réplica, en los comienzos del terremoto ruso, de lo que fuera, en los años 1780, terremoto francés, con el famoso "Collar de la Reina"— preludian el marzo de 1917, en que se hunde, de puro podrido, el casi milenar trono de los Zares. Revolución, como todas, extraña; lo que parecía más difícil de demoler, cae, por así decirlo, por sí solo. Unos —que han quedado de hecho anónimos— soldados, marinos u obreros, se bastan, por sí solos, para hacerse los dueños de las calles de Petersburgo y de Moscú. Todo el gigantesco tinglado de la administración de un inmenso Imperio queda paralizada. Una policía, que parecía omnipotente y omnipresente se inmoviliza. El mayor ejército numérico del orbe, se deshace, y los soldados desertan abiertamente. El Zar, sin saber exactamente porqué, como, y en quien, abdica.

Como siempre, han sido los “moderados”, los intelectuales, los utópicos —como antaño, en Francia, los clubs, los enciclopedistas, parte de la misma Nobleza, los girondinos en fin— los que han provocado la gran Caída. Pero, también siempre, “sic vos non vobis...” Después de los girondinos, los jacobinos y la guillotina. Tras los moderados y los mencheviques, los bolcheviques y las checas. La Revolución la hicieron los intelectuales, los traidores, y un puñado de infelices valientes y arrojados; entre tanto, Lenin, Trotzki y los demás, estaban en seguridad en Suiza. Quizá fueran los primeros asombrados al hallarse con una Revolución ya hecha, que se les entregaba en bandeja.

Y como antes, bien que en otra forma, los Marat, los Danton y los Robespierre, ahora aquéllos no tenían —ni tuvieron— más que atravesar Alemania (el episodio más o menos anovelado luego, del “vagón sellado”) para dirigirse a Rusia. Unos pocos meses de alternativas. Los inevitables Kerenski de siempre, y en octubre, la Revolución definitiva. Otra vez los jacobinos devoran a los moderados girondinos; ahora son los bolcheviques los que fusilan a los mencheviques que les hicieran y sirvieran gratuitamente riesgo y trabajo. En octubre de 1917 queda sellado el destino de Rusia, pese a una infortunada reacción y guerra civil que podría, inútilmente, durar aún cinco años. Rusia, el Imperio de mayor extensión del Orbe —una cuarta parte de la superficie de las tierras— queda convertida en la definitiva gran Bestia.

Y, aún cuando la Revolución francesa pueda considerarse, quizá, como aquélla, capaz, en cierto modo, de aburguesarse, y de acabar, en la Belle Époque, vestida de frac y de sombrero de copa. No. La URSS no se ha suavizado en un ápice. La Dictadura del proletariado sigue, igual, con idéntica dureza, con sus checas, con sus fronteras cerradas para siempre. Y su proyección y extensión se perpetúan. La sigue, más brutal aún, la inmensa y prolífica China. Y su mentalidad se extiende. Hasta el punto en que hoy hemos olvidado todos que el “Comunismo es intrínsecamente perverso” como proclamó el gran Papa. Y que todos estamos impregnados ya de su mentalidad, siquiera sea bajo las especiosas formas de diálogo, de espíritu de “equipo”, de comunitarismo, de rebaño en fin, estilos que, no ya sólo en lo religioso, sino en lo social y humano atentan contra todo cuanto es iniciativa libre y personalidad. No en vano Rusia y China son los adalides de la anti-personalidad humana.

La entrada de los Estados Unidos de América

En la misma primavera del infausto 1917, tiene lugar el segundo gran fenómeno mundial: la entrada de los Estados Unidos en la Guerra. Entrada extraña. ¿Qué podía perderseles en la querrela europea? ¿Qué daño les había causado Alemania, si exceptuamos los tópicos que sirvieron de farisaica excusa, a todas luces insuficiente ante tamaña decisión, como lo fue, por ejemplo, el torpedeo del “Lusitania”?

Entrada extraña. Ciertamente que los Aliados confiaban en que esta ayuda compensaría la defección de Rusia, hundida por la Revolución, vencida, digamos la verdad, estrepitosamente por la siempre admirable castrense Alemania. Pero ni los Aliados, ni los propios “yankees” tenían conciencia de su propia fuerza. La historia militar de los Estados Unidos se reducía a su escasamente gloriosa victoria de 1898 sobre la inerme España, y a poco más. Y he aquí que la aportación norteamericana resultó que no era sólo económica; era la de un insospechado y bravo ejército, que luego, en 1940 a 1945, había, por segunda vez, de imponerse al mundo.

Pero este ejército tenía, y aún tiene, una característica. Tiene algo, pese a sus bravas virtudes militares tan demostradas, que aportó un cambio radical e histórico en la que podríamos llamar —perdósenos la ironía— la teología de la historia de las guerras. Este nuevo y tremendo ejército ofrecía un detalle, a primera vista casi ridículo de señalar. Pero de una significación tremenda. Sus generales andaban en mangas de camisa.

A los Hindenburg, Falkenhayn o Mackensen, herederos de los Moltke y de los Blucher, con sus cascos relucientes y sus galones; a los Foch y a los Pétain, con su kepis histórico, sucedían, en la primacía de los campos de batalla, unos militares extraños, que, además, mascaban goma. Era toda la vieja concepción de la sociedad militar clásica que se desplomaba.

Intervención trágica la de los Estados Unidos, e injusta, en 1917. Como no lo fuera más la de la Segunda Gran Guerra mundial. Pero caminos misteriosos al fin. Ya que, de aquel ejército, ha salido, actualmente, el de ahora, el de Corea o el de Vietnam, tan incomprensidos como calumniados por todos, hasta por los buenos. Olvidando que, bien o mal, y dentro de sus grandes defectos, los Estados Unidos, superando su vieja tradición materialista, han venido, en estas últimas décadas, a llenar, siquiera entre errores y duras penas, la función que el gran pensador De Maistre señala, providencialmente, a los grandes

Imperios, sirviendo de dique contra misterios de iniquidad peores. Los Estados Unidos, bien o mal, con su VI Flota, merecen nuestra gratitud, ya que han sido la muralla que, siquiera por el momento —tan poco agradecida y tan incomprendida— ha detenido a rusos y chinos, que, de otro modo, ya señorearían todo cuanto queda —y quedamos nosotros— del Occidente quebrado, débil y podrido, al que, bien o mal, siguen salvando. Los Estados Unidos detienen lo peor, como en su tiempo, señalaba De Maistre que los cosacos del Zar frenaban a Napoleón primero, a la Revolución, su heredera, después.

El nacimiento moral de Israel

¡También es en 1917!

¿Hará falta a los lectores de **CRISTIANDAD**, a los que nos honramos de ser los sucesores —y comentaristas de sus enseñanzas— de nuestro fundador el Padre Orlandis, ponderar una vez más lo que esto significa? Este mismo pobre autor que estas líneas escribe, publicó aquí —quizá demasiado largos—, iniciados hace casi una década, una serie de artículos consagrados a la historia— y a su significación definitiva y profunda —del Pueblo judío. Todo cuanto añadiésemos sería repetirnos, como inevitablemente no tendremos otro remedio que hacer, que reincidir, porque la teología de Israel es la propia Teología de la Historia.

Es en 1917 que cobra pie la Declaración Balfour. Y al fin del mismo año, que el general Allenby, al frente de tropas con bandera inglesa —inconscientes ejecutores de caminos más altos de la Providencia— ciegas en su arcaica mentalidad victoriana, entran en Jerusalén. Bien o mal, Jerusalén ya no había de pertenecer, más, a los clásicos infieles. En Palestina se asentaban los colonos judíos, venidos, tras un designio tan admirable como contradictorio y misterioso, de las cinco partes del Mundo a la vieja Tierra de Abraham camino de los parajes de la Redención. Desde 1917, Judea volvía a estar poblada por judíos.

Y con este hecho, la Historia entera del mundo entraba en un nuevo curso.

El renacimiento de Asia y del Islam. Semillas de los que hoy llamamos “Tercer Mundo”. “La decadencia de Occidente”

También es en 1917 que cobra conciencia, repentinamente, el Islam.

En su miopía, la Inglaterra de Lawrence —figura sin duda novelescamente exagerada, pero símbolo de una época y de una política—, y la Francia imperialista, ambicionando los despojos del Gran Turco, promovieron la gran sublevación árabe. Ella, en efecto, dio la puntilla al ancestral dominio otomano. Pero también dio una nueva conciencia al Islam. Por el momento, en 1918-1920 el colonialismo franco-británico progresó, y la insaciable Albion realizó, pero por sólo 3 años, el viejo sueño victoriano del dominio, sin solución de continuidad, del Cabo al Cairo. Mas fue una victoria pírrica. Tras los avatares de la Segunda Gran Guerra, los enormes Imperios mundiales francés e inglés habrían de desaparecer. Y, en medio de la catástrofe, nosotros exultar con ello. Por cuanto, desengañémonos: el colonialismo franco-británico jamás hubiera servido para cristianizar ni media hectárea de tierras de población de color. La Providencia tiene mejores caminos que los de la tutela de los pueblos más arraigadamente orgullosos y chauvinistas, como son Francia e Inglaterra.

Precisamente la frase feliz del Padre Orlandis (la que sonó a escándalo por su sinceridad) refiriéndose a Spengler: “autor tan famoso y mencionado como poco leído”. ¿Quién aguanta, en efecto, su farragoso texto, de mentalidad teutónica? Pero hay que reconocer en Spengler un solo mérito, y no pequeño. El título de su obra: “La Decadencia de Occidente”, por sólo su título, en efecto, define lo que aparece, explosivo, en 1917.

Y en Asia, el violento Japón, con la monstruosa deificación de la Patria, asume la capitania...

El cuarteamiento de los tres grandes Imperios: el alemán, el austro-húngaro, el otomano

1917. Además del de Rusia, 1917 significa el ya visible agrietamiento de los grandes Imperios de tradición milenaria.

En Alemania, la figura del pobre Kaiser se desvanece tras los últimos lauros de Hindenburg y Ludendorff, y el Socialismo se apresta a dar su “puñalada por la espalda”. Ha desaparecido la figura, tan representativa, verdadero símbolo, de Francisco José, el último Emperador auténtico de la Europa central, sucesor de los viejos Cesares romano-germánicos. Austria, y la casa de Habsburgo, sólo tendrán unos breves días de ensueño, su último lauro, su canto del cisne: los gloriosos de Caporetto, en que la vieja águila bicéfala, antes de morir, da su último picotazo a los traidores en los gloriosos picos del Tirol. ¡Tam-

bién este último grito, el postrero de toda una Europa caballeresca, había de escucharse en 1917! Y el trono del tradicionalmente “hombre enfermo”, del Sultán de Constantinopla, que ya sólo se llamará en adelante Istambul, le queda máximo, de vida, un año. Sus enemigos se hallan ya en Macedonia, en Siria, en la misma Armenia. Es el fin de los Mohamet y de los Soliman.

**La consagración de la técnica,
hija de la guerra.— La Sociedad “Técnica”**

Es asimismo en 1917 que se implanta, definitivamente, la guerra técnica.

Y con ella, en la precaria paz que la seguirá, desfilarán sucesivamente el “homo economicus”, el “homo technicus”, y ahora el “homo automobilisticus”.

Pronto ya no habrá más arte: todo será técnica. Y con ella la sociedad, ya descristianizada, lógica-

mente se deshumanizará. Y la máquina la hará, como es ahora, inhumana.

Desaparecerán las perspectivas de la feliz Viena, del París Haussmann; no hablemos ya de las viejas armonías de las vías italianas. El modelo urbano será Chicago, y trasuntos del mismo las duras y horribles modernas ciudades, todas sin excepción, ejemplo, entre ellas, a cual, más, nuestra fea Barcelona.

En intelectualidad y letras aparecerá el culto a lo absurdo. En “bellas artes”, el culto a la fealdad primero; a la suciedad más tarde: ahora precisamente.

Y en las relaciones sociales —sólo los que peinamos canas podemos recordarlo— fue hacia 1917 que desaparecieron las últimas, siquiera hipócritas, convenciones de cortesía social. Apareció el empujón en las calles, en los vehículos, en los espectáculos.

La guerra del 14-18 aportó un espantoso progreso, pero impregnándola de su espíritu antihumano, a la técnica. La sociedad comenzó a ser mecanizada. Y no hay nada peor que la baja mecanizada.

LUIS CREUS VIDAL

¿EL VERBO SE HIZO CARNE O EL VERBO SE HIZO HOMBRE?

(Jn. I, 14)

El texto original griego dice: *El Verbo se hizo carne (arx)*. Todos los códices y las versiones tanto orientales como occidentales más antiguas respetaron el término que usa el Evangelista. S. Jerónimo al revisar por orden del Papa S. Dámaso la versión latina antiquísima del Nuevo Testamento, comparándola con el texto griego, conservó la tradicional lectura *Verbum caro factum est*.

Los SS. PP. tanto griegos como latinos respetaron también la expresión *carne*, y explicaron su sentido investigando las razones, que pudieron mover a San Juan a escoger esta palabra.

Por otra parte es evidente que el Evangelista pudo haber dicho, como lo dijo, o insinuó en otras ocasiones (8, 40): *El Verbo se hizo hombre*, pero no

lo dijo, ni quiso decirlo. No puede afirmarse por lo tanto, que la intención de S. Juan al decir *El Verbo se hizo carne*, era decir que *se hizo hombre*. Que aquí la palabra *carne* se tome por *hombre*, es ya una interpretación que hace el lector por su cuenta, pero no explica el término mismo que emplea el Evangelista, ni penetra en las razones que pudieron moverle a escoger precisamente la palabra *carne* y no la palabra *hombre*.

Algunas de estas razones podemos entreverlas en otros testimonios del mismo S. Juan y en el contexto que precede a las palabras que comentamos. En su primera carta (4, 2, 3) afirma: *Todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios*. Y en la segunda v. 7 añade: *Ahora se han levantado*

en el mundo muchos seductores que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Alusión a la naciente herejía de los docetas, que negaba que el cuerpo de Jesucristo fuese de verdadera carne como la nuestra.

Además es manifiesto el contraste en que Evangelista quiere hacer resaltar entre la majestad del Verbo, creador de todas las cosas (v. 3), igual al Padre (v. 2), y la debilidad y bajeza de la carne humana de que se revistió al hacerse hombre. Asocia dos cosas que a primera vista parecen excluirse, la majestad soberana del Verbo y la vileza de la carne llamada a perecer con la muerte. Parecido pensamiento es el que expresa S. Pablo escribiendo a los Filipenses (2, 6, 7): *No consideró (Cristo) como bien precioso al hallarse en situación igual a la de Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres.* Carne en la Biblia, cuando se trata del hombre, no es carne sin vida, sino vivificada por el alma, pero acusando la debilidad inherente al cuerpo humano. Ciertamente designa al hombre, pero en su aspecto menos noble, más débil, percedero. Parece haber evitado el autor sagrado la palabra *hombre*, porque ésta señala al ser humano completo, lo cual implica el peligro de hacer aparecer menos estrecha la unión del Verbo con la parte más humillante de la naturaleza humana, la carne.

Por la carne se manifiestan al exterior los sentimientos y necesidades del hombre. Cristo porque se hizo carne, necesitaba comer, beber, descansar. Siente hambre, sed, cansancio. Muestra en su rostro turbación, tristeza, júbilo y alegría. Es sensible a la amistad; se enternece, se compadece, llora. Esa carne, bajo la que se oculta el Verbo, es precisamente la que capacita a Dios, hecho hombre, para la muerte cruenta en la cruz, que traerá la vida al mundo. Es el pensamiento de S. Pablo cuando escribe a los Hebreos: *Entrando en el mundo, dice (Cristo): Sacrificio y oblación no quisiste, pero un cuerpo me has formado. Holocaustos y sacrificios por los pecados no te han agradado. Entonces dije: He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad* (10, 5-7). El cuerpo, o la carne de Cristo es la que ha preparado Dios para el sacrificio por la salvación de todos los hombres perdonando sus pecados.

De Jesucristo dice S. Pablo que es descendiente de David, según la carne (Ro., 1, 3), y que de los israelitas procede según la carne (Ro., 9, 5). Y describiendo su oficio sacerdotal, nos le presenta en los días de su carne ofreciendo ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas a quien le podía salvar de la muerte (He., 5, 7). Las mismas expresiones que Cristo empleó en Cafarnaum cuando prometió darse

en alimento en la Eucaristía, ilustran de algún modo cuanto llevamos dicho: *El pan que yo os daré es mi carne, por la vida del mundo* (Jn., 6, 51). Sin duda se refiere a todo el compuesto humano de Cristo, pero lo designa por lo que tiene de más sensible, su carne, que iba a ofrecer en la cruz en sacrificio por la salvación de los hombres. Esta carne es la que ofrece también en la Eucaristía: *Si no coméis la carne del Hijo del hombre y si no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros* (v. 53). *La carne mía es verdadera comida y la sangre mía es verdadera bebida* (v. 55).

Cristo entero es el que se nos da en la Eucaristía, pero su carne, que había de ser sacrificada en la cruz, expresa con más relieve la idea de comida y alimento. Para eso también el Verbo se hizo carne, para ser manjar de nuestras almas.

La Iglesia en su liturgia se acomoda con frecuencia al pensamiento de S. Juan, cuando afirma que *el Verbo se hizo carne*. Así en el prefacio primero de adviento dice: Cristo "al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne". Y en el prefacio de navidad: "Porque gracias al misterio de la Palabra hecha carne". En la plegaria eucarística primera en la Epifanía se dice de Cristo que "se manifestó en la realidad de nuestra propia carne".

Las palabras auténticas del texto *El Verbo se hizo carne*, han dado lugar a preciosas y profundas interpretaciones de SS. Padres, insignes Teólogos y Escrituristas, quienes proponen las razones que pudieron mover al Evangelista a escoger la palabra *carne*, en vez de la palabra *hombre*. Todos convienen en que el texto original hay que explicarle, no cambiarle. Véase por ejemplo el comentario de S. Atanasio (1), S. Epifanio (2), S. Juan Crisóstomo (3), S. Agustín (4), San León Magno (5), y el de los grandes biblistas Maldonado (6) y Toledo (7).

En conclusión. Creemos un atrevimiento injustificado cambiar el texto auténtico *El Verbo se hizo carne* por este otro *El Verbo se hizo hombre*.

ROBERTO CAYUELA, S. I.

Profesor de Sagrada Escritura en la
Universidad Pontificia de Comillas

(1) MG 25, 492; 26, 1073.

(2) MG 42, 684.

(3) MG 59, 79.

(4) ML 42, 1093.

(5) ML 54, 685.

(6) Commentarii in quatuor Evangelistas. T. 2, 412-415. Moguntiae 1864.

(7) Commentarii in Evangelium S. Ioannis, 43-48. Aomae, 1588.



LA LEY DE EDUCACION Y LA NUEVA TERMINOLOGIA

No os asustéis, queridos educadores y profesores privados, cuando, al repasar el Libro Blanco, la Ley o las Disposiciones complementarias de la misma, os topéis con relativa frecuencia con términos, vocablos o expresiones de difícil comprensión. Eso es precisamente lo que más destaca: la *novedad* y la *oscuridad* que desorienta, entonces, suscita la admiración e impone, al cabo, sus sistemas.

Es la táctica de la Tecnocracia y una de sus características externas que la identifican de manera inconfundible: envolver las ideas y las intenciones con un vocabulario inédito, chocante, pretencioso, rimbombante, llamativo: no se arrendran ante neologismos, yuxtaposiciones, ambivalencias de sentido, propicias al equívoco y al error: poseídos por las furias de "los horizontes cambiantes", fabrican sin cesar nuevos términos y nuevos vocablos altisonantes, huecos y estériles, mediante los cuales pretenden pasar una ideología a veces caduca y trasnochada.

El vocabulario "educacionista" alcanza algunas veces límites que nos abstenemos de calificar. Ved algunos ejemplos:

"Progreso tecnológico del ama de casa (Libro Blanco), vulgo utilización de lavadoras, aspiradoras, secadoras, lavaplatos, frigoríficos y demás aparatos electrodomésticos.

"Tasas de rendimiento", por Notas, Aprobado, Notables, Sobresaliente o Suspenso (Libro Blanco).

"Pensamiento cuantitativo", en lugar de decir "Matemáticos" (Libro Blanco y Orden 16-XI-70).

"Rendimiento educativo", vulgo aprovechamiento en el estudio (Ley, art. 11).

"Pruebas de madurez o suficiencia" (Ley, arts. 20 y 28), por exámenes.

"Apreciación cualitativa positiva o negativa" art. 11 Ley), vulgo "aprobado" o "cateado".

"Tasas de centros docentes", por precios de la enseñanza (art. 2).

"Pasar de un nivel educativo a otro" (art. 11), equivalente a pasar de "Elemental" a "Preparatorio" o de Preparatorio a Bachiller, etcétera.

"Áreas de conocimiento", "áreas de actividades educativas" (artículo 17), en lugar de decir "asignaturas" o conjunto de asignaturas.

"Área del lenguaje", por Len-

gua y Literatura; "área social y antropológica", por Geografía e Historia, etc. (art. 22).

"Enseñanza de recuperación" (art. 19), por repaso o repetición.

"Certificado de escolaridad" (artículo 20), expresión eufemística para que no se acompleje el alumno por sus "calabazas".

"Apertura de expediente y prueba de evaluación" (art. 97), en lugar de "derechos de examen" o "matrículas".

Para qué seguir...: *"revolución silente"* (Villar Palasí), "estructura ocupacional" (Libro Blanco), "exigencias psico-pedagógicas" (ídem), como si la pedagogía no incluyera la "psique", etc.

● Otras veces el vocabulario "educacionista" se vuelve oscuro, confuso y nebuloso, como en los siguientes ejemplos:

"Promover la movilidad" (Villar Palasí), algo así como mover lo que en sí no es movable.

"Etapas de evolución psico-biológica del alumno" (Libro Blanco), expresión reiterativa e innecesaria de un mismo concepto.

"Adopción del tipo de unidades más adecuadas" (ídem).

"Coherencia horizontal de los programas". Esta vez el mismo Libro Blanco tiene que explicar su terminología, diciendo que se trata de armonizar las distintas materias de cada curso.

"Información profesiográfica y profesiológica" (ídem), etc.

Todas esas expresiones y otras por el estilo son un acabado modelo de estilo conceptuoso, enredado, confuso y altisonante, que nos recuerda a Góngora o al Padre Isla en su "Fray Gerundio de Campazas".

● Pero el vocabulario "educacionista" incurre frecuentemente en inexactitudes de conceptos, v. gr.:

"*Ideas sin opción*", donde se confunde lo "intelectivo" aprehensible por fuerza si es verdadero, y por tanto sin opción, con "lo volitivo" contingente, objeto propio de la opción.

"*Mecanismo orgánico*", como si la máquina pudiera ser en rigor orgánica o el órgano pudiera ser máquina.

"*Máquina de enseñar*", como si la máquina pudiera crear o transmitir ideas o conceptos, en lugar de sonidos, cuya captación traduce el oyente en conceptos (Libro Blanco).

"*Energía formativa*" (ídem), como si un elemento puramente material fuera capaz de formar la inteligencia y la voluntad del hombre.

"*La educación tiene cantidad y tipo*" (ídem), expresión bastante grosera, aparte de su falsedad, por cuanto los valores morales no son susceptibles de ser pesados y medidos por instrumentos materiales.

● Finalmente, y esto es lo peor, la terminología "educacionista" resulta reiteradamente tendenciosa y a través de la misma trasvasa el fraude ideológico.

Cuando une y asocia, por ejemplo, dos términos y conceptos dispares, "*Política educativa*", pare-

ce, a primera vista, que se trata de una yuxtaposición normal y legítima, pero en realidad está inculcando a través de esa terminología el sofisma, puesto que hace objeto de política unos valores de orden moral, que son los propios de la educación, anteriores y superiores a toda política.

"*La igualdad de oportunidades*" tiene el retintín de lo demagógico, porque su aparente contenido merece la aceptación plena social, pero de hecho oculta todos los proyectiles que desde esa plataforma inofensiva pueden teledirigirse contra la enseñanza privada para gravarla, hipotecarla y extenuarla hasta lograr su total extinción.

Presume la Ley de "*trabajo en equipo*", cuando lo cierto es que una mente rectora única impone despóticamente su mentalidad y su criterio.

"*La incesante búsqueda de la verdad*", que casi equivale a una "contradictio in terminis", es la consagración oficial del evolucionismo.

"*El ejercicio responsable de la libertad*" es el pretexto legal para coaccionar y aprisionar la responsabilidad de los padres y de sus delegaciones en asociaciones y centros docentes.

"*La democratización de la en-*

señanza" (Libro Blanco) es igualmente una especie de latiguillo oratorio y demagógico, porque bajo ese señuelo de aceptación popular, sin explicar ninguno de ambos términos y conceptos, se puede amparar y cobijar una amplia campaña contra la enseñanza privada.

"*La educación como permanente tarea inacabada*" (Ley-Preámbulo), aparte de su contradicción intrínseca, es una segunda consagración del principio evolucionista.

"*El estudio como deber social*" (art. 3) y "*La educación como servicio público*" (ídem) degrada la categoría del estudio y de la educación, es decir, de los valores intelectuales y morales, para aprisionarlos dentro de la órbita social y laboral, subordinando la persona a la comunidad y el espíritu a la materia.

CONCLUSIÓN. — La terminología de la Ley de Educación es el disfraz que emplea el mando tecnócrata para deslizar a través de su vocabulario, *nuevo, oscuro, inexacto y tendencioso* la ideología del evolucionismo materialista y del monopolio y control estatista y totalizador sobre la educación familiar y sobre la enseñanza privada.

(De "*¿Qué pasa?*", 8-IV-72.)

JULIÁN GIL DE SAGREDO

¿UNA NUEVA MUNICH ESTA SIENDO PREPARADA?

“Tenías que escoger la vergüenza o la guerra: preferisteis la vergüenza y tendréis la guerra” —estas palabras históricas de Churchill, a propósito del tratado “ciego y entreguista” de Munich en 1938, las recordó el profesor Plinio Correa de Oliveira, al considerar la próxima visita de Nixon a China y Rusia.

Adaptando a la situación presente las palabras de Churchill, el presidente del Consejo Nacional de la TFP brasileña afirmó: “si entre el riesgo de la guerra y una paz entreguista al estilo de Munich, los americanos esclarecidos supiesen escoger el riesgo, tendrán la paz. —¿Paradoja?— Tal vez, pero verdad, pues toda la política pacifista de Nixon lleva consigo el dejarse envolver por una estratagema hace mucho planeada por el comunismo internacional”.

Asalto final

Confirmando que la actual “ofensiva pacifista” ya estaba decidida hace por lo menos 40 años, el conocido catedrático brasileño citó un trecho de la conferencia de Dimitri Manuilsky, hecha en

1931, en la Escuela Lein de Guerra Política:

“Táctica algunas veces violenta y otras veces pacífica, pero siempre revolucionaria. La guerra a muerte entre el comunismo y el capitalismo es inevitable. Hoy, evidentemente, no somos bastante fuertes para atacar. Nuestra hora llegará dentro de 20 o 30 años. Para vencer, necesitaremos de un elemento sorpresa. La burguesía deberá ser adormecida. Comenzaremos lanzando el más espectacular movimiento de paz que jamás haya existido. Habrá proposiciones electrizantes y concesiones extraordinarias. Los países capitalistas, estúpidos y decadentes, cooperarán con alegría para su propia destrucción. Se precipitarán sobre la nueva oportunidad de amistad. En el mismo momento en que bajen la guardia, los aplastaremos con nuestro puño cerrado.” (Manuilsky fue elegido presidente del Consejo de Seguridad de la ONU en 1949.)

Esperanza

Todos los rumbos de la política internacional, por lo tanto, pare-

cen —por lo menos en el plano natural y humano— depender de esta pregunta: ¿hay aún, en los Estados Unidos, reservas morales capaces de resistir a la fascinación de paz inoculada por Rusia para preparar la guerra?

“A eso se debe responder que sí” —aseguró el profesor Plinio Correa de Oliveira. “La prensa dio de que un sondeo de opinión pública norteamericana había indicado que la popularidad de Nixon creció del 40 % en junio al 42,6 % en septiembre, como consecuencia de la fabulosísima campaña publicitaria hecha a su favor con motivo del anunciado viaje a China. El aumento es insignificante, es ridículo.”

“La mayoría de los norteamericanos no se dejó impresionar. Es, pues, lícito esperar que la jugada electoral de Nixon fracase, y que en la próxima elección presidencial, la elección popular recaiga sobre un hombre de Estado capaz de substituir la política de Nixon por otra, hecha de una prudencia apoyada en la sagacidad y en la fuerza”, concluyó el presidente de la TFP (Tradición, Familia y Propiedad).

ESPAÑA Y LA CRISTIANDAD

LA LUCHA POR LA PERMANENCIA DE LA CRISTIANDAD

Los españoles en general, salidos de una cruzada secular y providencialmente exentos de heresiarcas, llamados por Dios al descubrimiento de nuevos mundos para Dios y su Cristo, se sintieron perfectamente capitaneados por aquellas dinastías que interpretaban la mentalidad evangelizadora y militante, defensora y protectora de la extensión del Reino de Dios —baluarte contra las rebeldías heréticas y cismáticas y la combatividad del turco— exigente de pureza de doctrina en el interior, que no perdonaba a los Jerarcas sus negligencias y abusos renacentistas... Había calado en la entraña de nuestro pueblo la sensibilidad en la ortodoxia, el que podemos llamar *sentido común cristiano*, la percepción instintiva de lo que estaba dogmáticamente bien o mal, de lo que podía pasar y de lo que no podía en manera alguna consentirse. Intérpretes y ejecutores de este teológico entrañable, aquellos reyes frente a una Alemania transida de rebeldía racial cuajada entonces en la Protesta, frente a una Inglaterra que goza de las divisiones continentales y las atiza ideológica y militarmente, frente a una Francia que antepone a todo su sed de figurar siempre en primera línea y su odio a los Habsburgos, ante una península italiana sin nervio y sin pulso, agusanada de paganía, atomizada por títulos principescos y pretensiones cosmopolitas, atosigada por el placer de vivir, viviendo del saqueo de prebendas extranjeras en provecho de prelados renacentistas y nepotistas, resisten a los Protestantes, luchan contra sus autores, exigen la residencia y el desinterés de los prelados, reclaman la definición de doctrina y la corrección de costumbres en las alturas...

¿Es que somos tan miopes que no sabemos ver que toda esta labor innegable en su fijeza orientada tenía sus quiebras? ¿Es que son tan miopes que a través de humanas deficiencias no saben ver la orientación fundamental intachable?... Así lo veía el español de entonces. Por eso en pos de sus reyes se daba y se desangraba gozosamente...

El pueblo seguía con sentido profundamente católico a sus reyes en todo cuanto se les exigía para salvar la "Cristiandad"...

Ya había perecido en el mundo, y los españoles

estaban orgullosos de entenderla genuinamente y la veían servida por sus reyes. Y se empeñaban en sostener la "Cristiandad" que entonces reposaba toda sobre las anchas espaldas de España, de España que no tenía colonias sino provincias de ultramar. La "Cristiandad" era la comunidad de naciones que germinaban en su seno. ¿Por qué no se juntaban los católicos de la "Diáspora"? Y hubo intentos de Internacional católico que si aquí era gubernamental fuera de España era conspiración y clandestinidad ("Liga Católica" en Francia, Armada de Felipe II en connivencia con irlandeses y católicos ingleses, Príncipes católicos de Alemania, etc.) Muerta realmente la idea y espíritu y la realidad de la "Cristiandad" en las varias naciones que habían sido católicamente unas, era fatídico que el intento vivo y operante español había de concitar contra sí los nacionalismos bajo los más variados pretextos.

ESPAÑA BRAZO ARMADO DE LA CRISTIANDAD

Esta persuasión íntima de cuál era la razón de ser de España, es decir de que España es el brazo armado de la "Cristiandad", podrá ser tachado por los extranjeros no católicos de fanatismo imperdonable y merecedor de aplastamiento definitivo y última razón del ostracismo español; podrá ser incriminada como desplazada de la política real, como culpable de muchas ocasiones contra el catolicismo, como orgullo nacional sin base en la coyuntura presente, como ingenua añoranza de un pasado molesto para otras naciones y aún para la Jerarquía, y será incriminada por los católicos de la "Diáspora"; podrá parecer a muchos españoles con título de católicos, que es un mal fundamento de la política interna de convivencia y cooperación efectiva en bien de España y mucho más para la correlación con las demás naciones, por cuanto no se percata de la desaparición de la "Cristiandad" como realidad político-social y elige una orientación completamente utópica y quijotesca, incapaz de prestar los posibles servicios a la Patria y a la Iglesia..., pero es una persuasión y una evidente vivencia todavía en no pocos españoles.

Si la "Cristiandad" como ámbito y modo de naciones católicas capitaneadas por una como brazo eje-

cutivo ha desaparecido y su solo presentimiento hace crujir de rabia a todos los materialistas que predominan en pueblos y gobiernos; desgraciadamente dentro de España ha cundido la especie y son pocos los que se atreven a creer, entre las personas cultas, que España pueda ser el germen a cuyo alrededor cristalice de nuevo la disuelta entidad político-social que fue la "Cristiandad". Pero el pueblo instintivamente siente que sí...

LA ILUSTRACIÓN EN LA ESPAÑA DE LOS BORBONES

El cerco moral puesto a España y el cerco militar y económico, las guerras continuas contra tantos enemigos en todas las partes del mundo, las ideologías heterodoxas y corrosivas que disolvían las naciones, penetraron poco a poco e infestaron, sobre todo desde la caída de Ensenada, a los nobles, los gobernantes, las universidades. Lasitud por luchas improductivas, desplazamiento ideológico, deseos de estar a la altura de los de fuera, todo ello contribuyó a la penetración de malas ideas en las esferas responsables. ¡Cuánto queda por analizar en este curso de sucesos!

El pueblo que asintió al cambio de Habsburgos en Borbones, no aceptó el de Borbones en Bonapartes. Y hubo guerra... Cada vez hincaban más la garra no tanto las falsas ideologías cuanto los deseos de estar a la altura del ambiente mundial. Las guerras, todas popularísimas, del lado que se oponía a las transacciones con los enemigos de lo que conceptuábamos como nuestra razón de ser, cada vez se sofocaban con mayor intervención extranjera.

LA MONARQUÍA ISABELINA INSTRUMENTO DE LA REVOLUCIÓN LIBERAL

Y vino la operación sobre la cabeza de la nación, que en todas las naciones de "Europa" ha sido el paso decisivo del triunfo revolucionario, su deslizamiento incontenible por la resbaladiza pendiente disgregatoria de todos los vínculos, trituradora de todos los valores aún estables en que poderse apoyar una eficaz acción contrarrevolucionaria, recreadora de las condiciones precisas para la reconstitución de la realidad político-social que había sido la "Cristiandad"; se buscó la manera de que dentro de las mismas familias reales hubiese quien se reconciliase con los principios revolucionarios vinculando la posesión del trono a la adscripción y fidelidad a esos principios. Recorranse todas las naciones y en todas sin excepción se encontrará el mismo paso. Alguna nación que deca-

pitó a su rey comprendió luego que no bastaba, porque sus legítimos sucesores retornaban más decididos contrarrevolucionarios. Todas fueron manejadas de suerte que la rama legítima —queremos decir heredera normal a tenor de las leyes vigentes— fuese desposeída y proscrita, y pasase el trono a una rama segundona, comprometida con la revolución o nuevo orden que se instalaba o se quería instalar.

Ya estaba muy trabajado el ambiente español en las esferas responsables por jerarquía, por dinero, por cultura, para que el instinto popular sano y noble sostuviese la lucha con éxito feliz... Contra el invasor hubo alzamiento popular y lucha feroz, que en parte capitanearon y no se atrevieron a impedir las clases dirigentes para no hacerlas impopulares y perder influencia para futuras y eficaces intervenciones. Hubo luego las guerras, popularmente idénticas, ligera y despreciativamente llamadas dinásticas, pero que encerraban las esencias de la "Cristiandad" por parte de uno de los bandos... Como en la invasión francesa fallaron espiritualmente las clases elevadas elaborando y aceptando constituciones antiespañolas, en estas guerras han fallado siempre los dirigentes...

¡Personalismos dinásticos, indignos de un patriotismo inteligente! —dicen los nietos de quienes contra su deber defendieron y acataron para la Casa Real lo que nunca aceptarían para la propia, el paso a otra rama. Es una manera de excusar a sus abuelos que abrazaron la causa de Isabel II, en realidad la causa de la revolución, quizá pervertidos, quizá de buena fe, creyendo que sería mejor el orden nuevo. Aunque es difícil admitir buena fe en el ambiente de nuestros antepasados que por instinto sabían y por experiencia podían conocer lo que la revolución pretendía y daba de sí, aunque una cultura nutrida de autores extranjeros les dictase sus teóricas excelencias.

¡Personalismos dinásticos! ¡Lo que se ventilaba era mucho más serio! Continuar siendo católicos o pasarnos a la revolución. Y esto, el continuar siendo católicos, se consiguió de hecho precisamente por las guerras dinásticas, no como dinásticas, sino como católicas.

DE LA CRISTIANDAD AL CATOLICISMO SOCIAL

La batalla perdida dinásticamente, se ganaba para el catolicismo; porque fue un frenazo y un aviso para los ingenuos católico-isabelinos... Así dicen los desengañados de la pelea, los católicos de España que no tienen el concepto de la "Cristiandad" sino meramen-

te el de "Catolicismo", los que han desvinculado su vida católica de todo compromiso con la ciudad, los que se desinteresan de toda práctica, según dicen, pero que significan que la religión católica en España es compatible con cualquier régimen y por eso ellos se interesan por el régimen más próximo a sus negocios y empresas de la guerra de 14 anduvieron olfateando el ambiente, despistados por haberse nutrido de tráfugas políticos tras la muerte de don Carlos y de arrepentidos liberales-conservadores tras la muerte de Canalejas; la postguerra fue de tanteos, lamentando el caos, intentando sumarse al maurismo y ciervismo o sumárselos en un partido social, con aquellas conferencias en la Comedia, con aquellas alabanzas a Maura, La Cierva, Cambó, etc., dictaminando y pontificando desde "El Debate"; así hasta la Dictadura, cuya venida no vieron, cuya llegada celebraron, más tarde a regañadientes porque se veía demasiado que venía algo... Caída la dictadura fue la avalancha "en aquellas horas de transición" de todos los que temían por haber figurado en la Unión Patriótica y se tenían por hombres de orden. Brotaron organizaciones regionales que comprometían menos y no se vinculaban ni a los partidos históricos de turno ni a los nacionales católicos ni se enemistaban con ninguna posibilidad ni, por lo mismo, dejaban de pescar afiliados que creían haber pasado con esto su Jordán...

No cuajaba nada central, porque se confiaba todavía en un centrismo (Cambó, Ossorio...) y se temía la actuación de los Calvo Sotelo, Fuentes Pila, Vallengano, etc., etc., en una Acción Nacional y no se estaba seguro de los militares... La víspera de caer la monarquía ésta no podía caer y tenían para pensar así razones de altísima política, inspiradas en la nota de Cambó y... en el terror del real desagrado, bien patente desde la ingerencia de Mons Andrea cuando la campaña social de infausta memoria... Al día mismo de proclamarse la república, ésta era el régimen que España se había dado a sí misma, y se declaraban independientes de las formas de gobierno, como buenos católicos...

EL ACCIDENTALISMO POLÍTICO AL SERVICIO DE LA CEDA

En tiempos republicanos se maniobró para quitar a Don Antonio Goicoechea de la Acción Nacional y sustituirlo por Don Ángel Herrera y se consiguió, y luego en virtud de ese indiferentismo político se formó la Confederación Española de Derechos Autónomos

por las que un organismo central, integrado por quienes pensaban en puros católicos como Herrera, se apoderaba de todas las organizaciones regionales y borraba sus peculiaridades en aras de una acción conjunta con Gil Robles a la cabeza para no alejar de la Ceda ni a los tradicionalistas embarcados ni a los alfonsinos agazapados de miedo —conservadores, liberales, mauristas, ciervistas...— ni a los apolíticos por catolicismo entendido a lo Herrera...

Y se fue las primeras elecciones borrosamente, con toda intención desde el organismo central, para formar la célebre minoría que se llamó vasco-navarra en la que había de todo donde luciesen algunos, los que convenía, con bombo de "El Debate", y desarticular y desautorizar las derechas de regímenes caducados y crear un partido de tráfugas, de inocentes, de no comprometidos y unos cuantos más, seguidores dentro del régimen (agrarios, etc.)...

EL INTENTO DE BAUTIZAR LA REPÚBLICA

Y se dejó hacer leyes al régimen en plan izquierdista "el que España quería, lo quisiéramos o no nosotros" lamentándolo nosotros, retorciéndonos el corazón en aras de un catolicismo purificado que sería arrollador con el tiempo... ¡Qué historia tan sucia-mente maquiavélica aquellos años! Cardenal Segura, Constitución laica, expulsación de jesuitas, inmoralidad aterradora, persecución de la Iglesia. ¡Esperando siempre llegar a bautizar la república! Ausentes de toda conspiración antirrepublicana, traidores a cuantas llegaban a sus oídos, incapaces de aceptar el Alzamiento... Jamás estuvieron en ninguna conspiración contra el régimen. Cuando éste reventó, en un auténtico telegrama uno de los principales jefes lo desautorizó, otro de los de Herrera se hizo presidente de todos los vascos y hablaba el lenguaje consabido auténticamente acatador de cualquier régimen que España se diera, otros y otros siguieron fieles al gobierno central, y, aunque también había y muchos en la España insurrecta, el jefe supremo no reconoció jamás explícitamente mientras duró la guerra el gobierno de Burgos. La maniobra ha sido demasiado clara. No ha quedado mal con nadie ni propiamente ha satisfecho a nadie; pero ha tenido fieles amigos personales y de su Asociación en todas las direcciones, reservándose el abocar la masa no discriminada políticamente hacia la dirección que le ha convenido, que no fue ni por asomo la de los requetés ni la falan-gista sino la administrativa... y así estamos hoy en vísperas de acontecimientos.

EL LEGITIMISMO DINÁSTICO Y EL PUEBLO ESPAÑOL

¡Nada de personalismos ni dinastismos en sentido de apego porque sí a determinadas personas o dinastías! dicen los legitimistas españoles. Simplemente creemos que había una ley de sucesión, de hecho y jurídicamente válida, y sobre todo que no se ve razón para que se modificase más que porque se despojaba así a quien ciertamente era contrarrevolucionario, y se entregaba el tronco a otra rama distinta, inaugurada con regencias y menor edad que se prestaban a las maniobras de implantación de un orden nuevo liberal. Había unos derechos a reinar que no caducan nunca mientras el heredero de esos derechos sea fiel a la mentalidad española de la "Cristiandad". Eso es todo que no es poco. Ni es poco también que dinásticamente los reyes carlistas hayan hablado y actuado pública y oficialmente según esa mentalidad, reiteradamente proclamada por escritos y con sangre, único modo en esta España tradicional para conservar la estima de sus leales.

El pueblo español, instintivo, no aceptó el cambio de rama dinástica porque a la que tenía derechos al trono la sentía identificada con la mentalidad católico-española y a la otra se la veía juguete de la revolución y orden nuevo, enemigos acérrimos de todo rastro de "Cristiandad". Si ser fieles a quien es fiel, y en cuanto lo es es personalismo ¡bendito personalismo! Pero ¿acaso no es más personalismo ser fieles a quien y aunque no sea fiel? Personalismo ciertamente reprobable, ¡maldito personalismo! Personalismo! Personalismo que no espera nada para sí de la persona defendida sino que sólo exige el bien de la religión y de la patria, es muy buen personalismo, es lealtad católica, humana, noble, caballeresca. Personalismo que esperando o sin esperar nada para sí, se aferra a una dinastía y a una persona aunque sepa

o vea que actúa con daño a la religión y a la patria, a favor de la antirreligión y antipatria, es muy mal personalismo, es lealtad de lacayo o de perro y traición a la religión y a la patria... ¿No es personalista el cristino, el esparterista, el isabelino, el alfonsino, el juanista? ¿Sólo es personalista el carlista?... ¡Ah! ¡Ya entiendo! "Es que éstos de hecho gobernaban; y hay que estar con los que mandan porque todo poder viene de Dios".

Estamos siempre en este punto o comodín para ciertas pretensiones, de reducirnos políticamente a los católicos a ciudadanos de segunda categoría, que se han de conformar con las determinaciones de otros, ¡qué son España! Son inconsecuentes los dinásticos que no se pasaron a la república o a Amadeo. Como se habían pasado a la monarquía constitucional o república coronada, se podían haber conformado con la monarquía de gorro frigio y electiva y a plazos.

Los legitimismos todos no tienen otro fundamento que el de haber sido como consagrados en su origen por la "Cristiandad", desaparecida ésta quedará en todo caso la legitimidad de origen por lo que fueron; pero casi todas perdieron la de ejercicio por su prevariación en lo fundamental. En este sentido verdadero de legitimidad no podrían salvarse como verdaderas sino la española desde luego, y con graves resquebrajaduras la de los Habsburgos en Austria, los Borbones en Francia, y los Saboya en el reino Sardo, y quizá en Portugal alguna de sus dinastías. En los cinco casos hubo el paso de una rama, la primogénita y heredera legítima, a la segundona y lateral, con maniobras distintas según la situación. Los más parecidos son España y Portugal. (Es dato curioso de personal experiencia que los jefes de Renovación Española reconocían el paso dinástico y los motivos revolucionarios en todos los estados y particularmente en los de Francia, Austria, Portugal y Cerdeña; pero, según ellos, España era una excepción...).

ANTONIO SEGARRA, S. I.

(Seguirá)



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

J U N I O

GENERAL: Que a todos se esclarezcan el misterio del hombre en el misterio del Verbo encarnado, el cual amó con corazón de hombre.

MISIONAL: Penetración del amor del Corazón de Cristo en la cultura nacional de las Iglesias jóvenes.